¿Hasta dónde puede llegar la literatura? En este libro dedicado a la vida y la muerte de su hijo Daniel, Piedad Bonnett alcanza con las palabras los lugares más extremos de la existencia. La naturalidad y la extrañeza conviven en sus páginas igual que en su mirada conviven la sequedad de la inteligencia y el latido más intenso de la emoción. Buscar respuestas es sólo un modo de hacerse preguntas, de negociar con las preguntas, de saber cuántas preguntas caben en una obsesión.

Piedad Bonnett

Lo que no tiene nombre

ePub r1.0

Wilku 22.11.2019

Piedad Bonnett, 2013

Editor digital: Wilku

ePub base r2.1

Para Rafael, Renata y Camila

[…] esta historia tiene que ver realmente con lo que no tiene nombre, con segundos de espanto para los que no hay lenguaje .

PETER HANDKE

Piensas que nunca te va a pasar, imposible que te suceda a ti, que eres la única persona del mundo a quien jamás ocurrirán esas cosas, y entonces, una por una, empiezan a pasarte todas, igual que le suceden a cualquier otro.

PAUL AUSTER

[…]hurgo mis sentimientosestoy viva .

BLANCA VARELA

Índice de contenido

Cubierta

Lo que no tiene nombre

I. Lo irreparable

II. Un precario equilibrio

III. La cuarta pared

IV. El final

Sobre la autora

Notas

I. Lo irreparable

Buscamos un sitio vacío donde estacionar y lo encontramos a unos cincuenta metros del viejo edificio de cinco pisos que se levanta, digno pero sin gracia, casi al final de la 84 entre 2.ª y 3.ª, una de esas típicas calles neoyorkinas del Upper East Side, tradicionales y casi siempre apacibles a pesar de los muchos negocios que funcionan en los pisos bajos. Del baúl del carro bajamos dos maletas grandes, livianas porque están vacías. Antes de llegar al portón, y como impulsados por un mismo pensamiento, nos detenemos y miramos hacia arriba, como calculando los cuatro pisos que debemos empezar a subir. Camila abre el portón y aparecen el hall, amplio y sombrío —uno de esos espacios donde cualquier mínimo ruido produce eco—, y las escaleras de granito, las mismas que en el pasado agosto nos parecieron eternas cuando ella, Renata y yo subíamos y bajábamos, entusiastas y acezando, cargadas con toda clase de enseres. Ahora, en cambio, hay algo crispado en nuestro silencio, en la manera a la vez pausada e impaciente con que remontamos los escalones, contra los que tintinea el metal de las ruedas de las maletas.

Pamela nos abre la puerta y nos saluda con abrazos apretados y esa bella sonrisa suya que ni siquiera puede ser opacada por la tristeza. Después de un breve intercambio de palabras, cruzamos la cocina y la salita y entramos lentamente a la habitación. Lo primero que registran mis ojos es la enorme ventana abierta, y detrás la escalera de incendios que da a la calle. Examino todo, brevemente, de un vistazo: la cama, tendida con pulcritud, el escritorio abarrotado de libros, los cuadernos apoderados de la mesa de noche, la chaqueta de cuadros colgada con cuidado en la silla. Durante algunos segundos no decimos nada, no hacemos nada, a pesar de que un turbión de emociones nos agita por dentro. Entonces Camila abre el clóset y vemos los zapatos alineados, los suéteres y las camisetas puestos en orden. Es la habitación de alguien pulcro, riguroso, aseado. Confusos, intercambiando frases cortas que quieren ser eficientes, nos dividimos los espacios a fin de poder hacer la tarea que nos ha traído hasta aquí. Nadie llora: si uno de nosotros se rindiera al llanto arrastraría con su dolor a los demás.

Siento, por un instante, que profanamos con nuestra presencia un espacio íntimo, ajeno; pero también, atrozmente, que estamos en un *escenario* . Me pregunto qué sucedió aquí en los últimos veinte minutos de vida de Daniel. ¿Acaso sostuvo consigo mismo un último diálogo ansioso, desesperado, dolorido? ¿O tal vez su lucidez fue oscurecida por un ejército de sombras?

Mirando este cuarto austero, donde cada cosa cumplía su función, tenía un sentido, recuerdo los versos de Wislawa Szymborska que durante años leí con mis alumnos y que parecen haber sido escritos para este momento:

No parecía que de esta habitación

[no hubiera salida,

al menos por la puerta,

o que no tuviera alguna perspectiva, al menos

[desde la ventana.

Las gafas para ver a lo lejos estaban en el

[alféizar.

Zumbaba una mosca, o sea que aún vivía.

Seguramente creéis que cuando menos la carta

[algo aclaraba.

Y si yo os dijera que no había ninguna carta.

Tantos de nosotros, amigos, y todos cupimos

en un sobre vacío apoyado en un vaso.

Reviso uno a uno los libros y los cuadernos. En el fondo de mi corazón suplico por que aparezca un diario, una nota de carácter personal. Pero sólo hay trabajos críticos o notas de clase, escritas con letra pequeña, apretada, minuciosa. En su morral encuentro la pequeña tarjeta que le envié hace dos días, acompañada de un billete, y que dice *para que te des un gusto. Te quiere, tu ma* . Camila abre los cajones de la cómoda y saca camisas y medias. Dentro de un par encuentra un rollito de dólares, metido ahí para preservarlos de un posible intruso. Entonces Rafael, mi marido, nos hace notar lo que acaba de descubrir: cuidadosamente alineados sobre el escritorio están el reloj, la billetera, el iPod, el teléfono móvil. Los ojos se nos llenan de lágrimas.

Cuando salimos, ahora con las maletas cargadas, se abre la puerta del apartamento vecino, y dos ancianas muy ajadas, que evidentemente han estado esperando algún ruido nuestro para salir, nos dan un ramito de flores y una tarjeta, y nos abrazan, conmovidas. En ese momento aparece en el descanso de la escalera una pareja con un niño; se detienen, con timidez. ¿Somos nosotros parientes del estudiante que se mató ayer? También ellos lo sienten mucho. La mujer, una rubia joven, de semblante amable, nos dice que ella estaba allí a la hora de la tragedia y que lo oyó correr. Mi hija Camila se asombra, se adelanta: *¿lo oíste correr?, ¿dónde estabas?* En su piso, el último. Desde ahí oyó un tropel de pasos en el techo. Entonces todo termina de aclararse: la ventana abierta, la escalera de incendios que trepa hasta el techo del edificio.

Daniel murió en Nueva York el sábado 14 de mayo de 2011, a la una y diez de la tarde. Acababa de cumplir veintiocho años y llevaba diez meses estudiando una maestría en la Universidad de Columbia. Renata, mi hija mayor, me dio la noticia por teléfono dos horas después, con cuatro palabras, de las cuales la primera, pronunciada con voz vacilante, consciente del horror que desataría del otro lado, fue, claro está, *mamá* . Las tres restantes daban cuenta, sin ambages ni mentiras piadosas, del hecho, del dato simple y llano de que alguien infinitamente amado se ha ido para siempre, no volverá a mirarnos ni

a sonreírnos.

En estos casos, trágicos y sorpresivos, el lenguaje nos remite a una realidad que la mente no puede comprender. Antes de preguntar a mi hija los detalles, de rendirme a la indagación, mis palabras niegan una y otra vez, en una pequeña rabieta sin sentido. Pero la fuerza de los hechos es incontestable: «Daniel se mató» sólo quiere decir eso, sólo señala un suceso irreversible en el tiempo y el espacio, que nadie puede cambiar con una metáfora o con un relato diferente.

Daniel se mató, repito una y otra vez en mi cabeza, y aunque sé que mi lengua jamás podrá dar testimonio de lo que está más allá del lenguaje, hoy vuelvo tercamente a lidiar con las palabras para tratar de bucear en el fondo de su muerte, de sacudir el agua empozada, buscando, no la verdad, que no existe, sino que los rostros que tuvo en vida aparezcan en los reflejos vacilantes de la oscura superficie.

Tu hijo ha muerto y debes empacar una maleta para viajar hasta donde te espera su cadáver. Y lo haces. Alguien te ayuda, dice *un pantalón negro* , dice *es mejor meter los zapatos en una bolsa* . Tres horas hace, tres horas de un tiempo que ya ha empezado a correr hacia su disolución, y tú no te has desmayado, no has caído al suelo de rodillas ni te tambaleas a la orilla del vértigo o la locura. No. Estás, como dicen los manuales sobre el duelo, en estado de shock o embotamiento. Tu dolor, el de los primeros minutos después de la noticia, se ha trocado en fría estupefacción, en pasmo, en una aceptación semejante a la que aparece cuando entramos al quirófano o cuando constatamos que hemos perdido el avión en el que volaríamos a una ciudad lejana. Tú tratas de pensar en medias, en piyamas, en medicinas, y repites en tu cabeza, hacia adentro, las palabras que acabas de oír, deseando que algo físico te saque del estupor, un ataque de llanto, un repentino acceso de fiebre, una convulsión, algo que venga a destruir esta serenidad que se parece tanto a la mentira, a la muerte misma. *Te he empacado una bufanda* , dice la voz. Perfecto, gracias.

La cotidianidad suele ser ruda. En el aeropuerto, antes de la medianoche, el funcionario de la aerolínea nos recibe con aire de disgusto. ¿Por qué hemos llegado tan tarde al mostrador? Le explicamos que nuestro hijo ha muerto hace unas horas, que viajamos en el último vuelo y en los únicos cupos que hemos podido conseguir con mucha dificultad. El hombre, sin echarnos una mirada, husmea los pasaportes con el mismo gesto desconfiado de tantos en este país, frente a los cuales sus compatriotas siempre somos culpables. Observo sus manos chatas, de uñas mal cortadas, el meñique adornado con un estrepitoso anillo de oro y piedras, los labios apretados, el ceño fruncido que no evidencia ningún cambio después de oír nuestras explicaciones. «Adelante», murmura. Y es todo lo que dice.

Hay que dormir, me digo, porque lo que nos espera es arduo, demoledor. Pero la tarea no es sencilla. Primero, porque el pensamiento no se acalla, zumba dentro de mi cabeza como un cucarrón atrapado en un cucurucho. Segundo, porque convalezco de una operación que me han realizado hace menos de una semana y todavía tengo dolor.

Alguna vez escribí que en el aire «el tiempo se hincha como un paréntesis», y hoy lo constato en estas seis largas horas de vuelo atravesadas de visiones. La sensación, abrumadora, es de extrañeza, de incredulidad: ¿puedo ser yo esa persona que viaja a enterrar a su hijo?

Sí, Piedad. Es un hecho. Sucedió . Y nunca palabras tan precisas me han sonado tan irreales.

Con los pocos elementos de que dispongo reconstruyo imaginariamente las circunstancias, esas que hacen de toda muerte un hecho único, pero más único esta vez, porque Daniel no ha muerto plácidamente en su cama, adormecido por calmantes, como todos soñamos morir, sino que ha saltado desde el techo de un edificio de cinco pisos para ir a estrellarse sobre el asfalto.

Trato de pensar en la lucha que debió librar entre el deseo de acabar y su miedo, y me pregunto si fue un suicidio por impulso, un acto irreflexivo, o por el contrario una acción premeditada, lo que los expertos llaman un «suicidio por balance». ¿Había subido antes hasta el techo a preparar el terreno? ¿En qué pensaba cuando saltó? ¿Qué se siente al caer? ¿Se pierde la conciencia? ¿En las últimas horas pasamos los que lo queríamos por su cabeza? Las preguntas se alzan y mueren al instante, vencidas, derrotadas.

«La verdad es maraña», escribe Javier Marías.

Ahí arriba, en medio de la oscuridad de la noche, me asaltan implacables las imágenes. Imágenes de vida, imágenes de muerte. Y revivo el nacimiento de Daniel entre el agua, la luz tenue de la sala de partos, la música, el pequeño cuerpo todavía atado al cordón umbilical colocado cuidadosamente sobre mi pecho para que pudiera acariciarlo y besar su cabeza aún embadurnada: toda una escenografía con aire de nueva era, un poco sentimental, un poco cursi, planeada para que su ingreso a este mundo fuera un tránsito dulce; y pienso en tanta ternura y tanto cuidado derrotados por las sombras desquiciadas del miedo y de la muerte.

Cuando estamos en su cuarto, y mientras los demás se ocupan de revisar su ropa y sus objetos, yo apilo los libros en la maleta. De repente, como si el azar encerrara sus claves, mis ojos se detienen en la portada de uno de Jenny Saville, una de las artistas favoritas de Daniel, que reproduce Reverse, una pintura que muestra un rostro joven, hinchado, apoyado de costado sobre una superficie brillante que devuelve parcialmente su reflejo. Las pinceladas sugieren que hay sangre en él, y también en la boca, que se entreabre en un gesto grotesco. Sus ojos abiertos están atrozmente vacíos.

También encuentro el dossier de dibujos y pinturas que Daniel hizo con meticulosidad durante toda su carrera y lo ojeo ahora de una manera distinta, buscando revelaciones. Veo un estudio de mujer, una muñeca a la vez pavorosa y obscena, varios autorretratos del 2001, perturbadores, dolorosos; veo el registro de óleos con motivos abstractos, de grabados, carboncillos, acrílicos… Me impresionan su contención, su fuerza comunicativa, el filoso límite entre la emotividad de los temas y el rigor de la técnica.

A los dieciocho años Daniel entró a estudiar Arte. Desde hacía ya bastante tiempo que el dibujo y la pintura eran su pasión, y por eso durante su bachillerato tomó clases con un maestro y asistió durante dos veranos a estudiar en The Art Students League de Nueva York.

Alguna vez, a su regreso de uno de esos cursos, nos contó, entre burlón y ufano, que muchos de sus compañeros, todos mayores que él, lo rodeaban a menudo mientras pintaba, admirados de su destreza. Aunque él mismo no acababa de creer en su talento, cuando ingresó a la Facultad de Artes lucía muy entusiasmado. El primer día de clases, sin embargo, llegó con una sonrisa irónica en los labios: uno de sus maestros, tal vez el de Historia del Arte, les había dicho, en forma teatral, la frase devastadora que iba a oír incesantemente durante sus cuatro años de carrera universitaria: «Muchachos, olvídense de la pintura. La pintura ha muerto».

«La vida es física». Siempre me gustó ese verso de Watanabe. Y también este de Blanca Varela: «[…] es la gana del alma que es el cuerpo». A pocas horas de su muerte lo que me empieza a hacer falta hasta la desesperación son las manos de Daniel, las mejillas por las que pasaba el dorso de mi mano cuando lo veía triste, la frente que besé tantas veces cuando era niño, la espalda morena de tanto sol. Su singularidad. Su modo de reír, de caminar, de vestirse. Su olor. Una idea absurda me persigue: jamás el universo producirá otro Daniel.

Siempre vendrá quien me diga que nos queda la memoria, que nuestro hijo vive de una manera distinta dentro de nosotros, que nos consolemos con los recuerdos felices, que dejó una obra… Pero la verdadera vida es física, y lo que la muerte se lleva es un cuerpo y un rostro irrepetibles: el alma que es el cuerpo.

Algunas horas después de su muerte mis hijas me llamaron para consultarme si autorizaba la donación de sus órganos. Por un momento me estremeció el recuerdo de su cuerpo de deportista, la belleza que, real o no, me hacía mirar a mi hijo con secreto orgullo y encantamiento, y susurré un *no* desesperado. Me hicieron ver que sería un gesto mezquino, que un ser deseoso de vivir podría salvarse con su corazón, con sus pulmones. Entonces asentí, y sentada al borde de la cama me dispuse a oír a la persona encargada de tomar mi declaración. Del otro lado la que hablaba era una mujer y su tono era dulce y firme a la vez. Siempre pasa que una voz crea un rostro imaginario, y yo pensé en una cara morena, la de una mujer gruesa de ojos grandes y compasivos. A continuación escuché serenamente sus condolencias, las formalidades de la ley, sus agradecimientos anticipados y, luego, una lista impensada de órganos, que iban mucho más allá de su corazón, sus riñones, sus ojos.

—La piel de la espalda.

—Sí.

—Los huesos de las piernas.

—Sí.

Y Daniel, mi hijo entrañable, el muchacho de labios carnosos y piel bronceada, se fue deshaciendo con cada palabra mía. La vida es física.

Nos dicen que debemos esperar al menos tres días antes de que entreguen el cuerpo a la funeraria, de modo que llenamos las horas vacías de las más distintas maneras, mientras tengo un pensamiento aterrador: ahora, en manos de los forenses, su cuerpo no es ya su cuerpo sino un frío objeto lleno de disecciones. Y pienso agradecida en Adam, el esposo de Renata, la última persona de la familia que vio con vida a Daniel y que tuvo el valor de ahorrarles a mis hijas el impacto del reconocimiento. El precio es que ahora debe cargar para siempre con la imagen de su cara desfigurada por la muerte.

Desde la cocina de la casa de Renata, donde nos sentamos cada mañana a beber nuestro café, vemos pasar los automóviles por la autopista, veloces y silenciosos, como en una película muda. Una bruma lechosa que ha descendido a ras de suelo se extiende como una gasa que distorsiona la vista del puente y los árboles lejanos. Llueve, llueve, llueve. El tiempo parece ahora definitivamente estancado.

Como un día antes de la muerte de Daniel me han otorgado un premio literario, mi teléfono no cesa de recibir mensajes, que yo contesto uno a uno, a veces sólo con breves palabras de agradecimiento, casi siempre anunciando la terrible noticia. Vuelven a llegar correos, esta vez de condolencias. En ellos la desazón de la muerte intenta cuajar en palabras, pero casi todos se quejan de lo inoperantes que estas resultan, de lo cortas que se quedan.

Nos reconfortan, sin embargo, esos saludos lejanos, los abrazos que traen siempre incluidos. Y ese cariñoso parloteo de los amigos nos proporciona también una cierta dosis de aturdimiento, el necesario para no hundirnos en la desesperación. Durante horas, sentado cada uno en un lugar distinto de la sala de la casa, ensimismados en los computadores y en los teléfonos, por momentos parecemos representar una obra del absurdo.

En el muro de Daniel en Facebook mis hijas han colgado la lacónica noticia anunciando que se ha quitado la vida voluntariamente. La respuesta, masiva y estruendosa, dolorida y sentimental, es muy distinta a la de los correos personales. En vano me digo que no podemos eludir ya el frenesí multiplicado de las redes, que hay verdad en la tristeza que destilan todos aquellos mensajes; y sin embargo siento en aquellas oleadas emotivas algo que se parece al impudor.

Siguiendo una vieja costumbre norteamericana, los amigos de Renata han traído comida hecha por ellos en sus casas. Llegan hasta la puerta, discretamente, y se retiran de inmediato, para no perturbar la intimidad familiar. La nevera se va llenando de platos: hay tacos, comida hindú, pasta. Velan con esta ofrenda por nuestra supervivencia, para que las tareas domésticas no agobien más nuestros cuerpos, apaleados ya por la tristeza. Y de pronto nos vemos paladeando un helado de chocolate, elogiando una salsa,

un pan tierno, un pescado. Estamos vivos.

Acordamos desde el primer momento que no haremos rito religioso y que no se ocultará la circunstancia de la muerte, ni tampoco la enfermedad que precipitó el suicidio. Sus amigos, nuestra familia, las mujeres que lo quisieron, necesitan una explicación de esta tragedia brutal, intempestiva, aparentemente absurda, y sin duda agradecerán la verdad desnuda. También optamos por la cremación y decidimos no repatriar las cenizas. La forma natural y sin conflictos en que vamos tomando todas estas decisiones me evidencia que existen unos horizontes vitales compartidos en familia. La desaparición de uno de nosotros ha posibilitado este descubrimiento.

Compruebo también, a través de nuestras conversaciones, que estamos libres de fetichismos, de supersticiones, de falsos sentimentalismos, y que, para bien y para mal, vemos la muerte no como una culminación y un tránsito hacia otro lugar, sino de esa forma a la vez descarnada y sin consuelo a la que la ha reducido la historia moderna: un hecho simple, natural, tan aleatorio como la vida misma. Lo único que podemos hacer ahora para sacarla de su condición de acto animal es recurrir a un ritual de despedida suficientemente hermoso, que tenga que ver con el mismo Daniel y con aquello en lo que nosotros creemos. Y a eso nos disponemos.

Nos anuncian que el momento ha llegado, que el cuerpo está ya en la funeraria, ubicada en el bello parque cementerio de Green-Wood, y que se acerca la hora de la cremación.

Ha estado lloviendo sin descanso, pero cuando mi marido, mis hijas, mis yernos y yo llegamos al parque cementerio el paisaje se ilumina de repente, aunque con un sol tan tenue que su efecto es melancólico. No hay tumbas visibles. Y aunque los altos cipreses, las colinas, los caminos, parecieran estar ahí para hablar de serenidad y de paz, lo único que veo en la naturaleza es su profunda indiferencia. Su orden sin propósito, su belleza sin objetivo, se me antojan crueles. ¿No fue esa misma naturaleza la que destruyó la vida de Daniel, esa vida a la que él buscó de tantas maneras darle sentido?

Somos, mientras caminamos en medio de los árboles que destilan todavía gotas de lluvia, seis seres desolados y temblorosos. A pesar de la intimidad del acto nos hemos vestido de negro. Nos recibe un hombre impecable, discreto, que actúa con delicadeza pero sin alambicamientos. El edificio de mediados del siglo XIX tiene un vestíbulo amplio y pequeñas salitas amobladas, en una de las cuales esperamos en silencio. Yo tiemblo, traspasada por la emoción, porque siento ya la cercanía del cadáver de Daniel, su presencia. ¡Como si en el cuerpo que imagino hubiera todavía un latir de vida!

De nuevo, en medio de la tragedia, aparece lo irrisorio, lo grotesco: el día de mi llegada una periodista de una conocida revista me llamó para entrevistarme. Le expliqué delicadamente lo que me había traído a Nueva York, pero no parecía oírme. Repetía a gritos su solicitud. Colgué, ofuscada. Al día siguiente la escena se repitió de manera idéntica. Como en una comedia, la llamada se da ahora una tercera vez, y contesto, equivocándome, pensando que se trata de los abuelos. Es la misma mujer. Me impaciento. Le

digo que no insista, que mi hijo ha muerto, que salimos para la cremación. La mujer cuelga, después de unos segundos de desconcertado silencio.

Entramos con pasos sigilosos al auditorio, acompañados por la música, y nos sentamos frente a una mesa, una especie de altar cubierto por un sencillo mantel blanco. No hay sollozos, ni lamentos: las lágrimas simplemente corren, silenciosas. El dueño de la funeraria nos pregunta si deseamos que entone un rezo, pues los hay disponibles para todos los credos. Con amabilidad decimos que no. Después de unos minutos, sin saber yo misma cómo, rompo repentinamente el silencio y evoco en voz alta el momento en que Daniel entraba a la casa, subía las escaleras, y yo le sonreía desde mi escritorio mientras escrutaba su cara en busca de signos de felicidad o de desdicha. Quiero compartir mi sensación de que nuestra angustia ha cesado, pero también la suya. Y ahí me detengo, porque decir que ya descansó sería incurrir en un burdo lugar común y en una ingenuidad que no se ajusta a la realidad. Esta es mucho más cruel: Daniel no descansa porque no es. Lo que hacíamos corresponder con ese nombre se ha disuelto, ya no puede experimentar nada.

Mientras abandonamos la sala, mi marido pregunta, con voz ahogada, *dónde está Dani* . Mi hija Renata señala el pequeño altar blanco, el mantel que lo cobija. Comprendo que hemos estado sentados frente a sus restos, que reposan en una caja que no es de madera, sino de un material dispuesto para el fuego. (¡Daniel en una caja de cartón!, se dolerá Camila en medio del llanto, meses después, al recordar). En contravía de lo que he sentido hace unos minutos, me digo, estremecida, que *eso* no es ya mi hijo.

Con el placer tratamos a menudo de conjurar la muerte. Después de la ceremonia vamos a un restaurante, pedimos un coctel de entrada y múltiples platos para compartir. Hablamos de Daniel, revisamos su vida, traemos a la memoria pequeñas anécdotas, algunas de las cuales nos divierten mientras que otras nos producen un sereno dolor. Nos reímos de aquel primer día de clase en que, despistada como soy, lo llevé de pantalón corto porque no tenía claro que el uniforme cambiaba, haciéndolo avergonzar delante de sus compañeros. Y del día en que se cayó sobre el pesebre de la abuela, arrasando con casas y ovejas y pastores. Pero también evocamos con pesar sus momentos de confusión y desesperanza.

De nuevo la lluvia cae afuera, esta vez con fuerza, pero ahora nos sentimos protegidos y momentáneamente aliviados en aquel lugar acogedor. Pienso que a Daniel le gustaría estar aquí; que después de tantos meses comiendo comida congelada y hamburguesas baratas se relamería de gusto frente a unas costillas de cordero o un buen trozo de salmón. Que, si pudiera vernos, se extrañaría de su ausencia, no podría creer en su muerte. ¡Cómo iba a morirse alguien que estaba tan vivo! ¡Cómo iba a morirse él, que adoraba Nueva York, y el parque con sol y los conciertos y las mujeres bonitas! Y menos en esas circunstancias violentas, él, que alguna vez le dijo a su novia que en caso de sufrimiento el suicidio era una alternativa posible, pero siempre que fuera dulce, sin sangre, mero alivio.

Al día siguiente de la tragedia, Renata se dio cuenta de que en su carro había un par de guantes negros de cuero, y después de preguntarse, extrañada,

quién habría podido dejarlos allí, comprendió que eran los del sargento Joffrey, la persona que, con toda efectividad, apenas unos minutos después de que la ambulancia se llevara el cuerpo de Daniel, les facilitó a ella y a su hermana entrar en la calle acordonada, subir al apartamento, comprobar que la ventana estaba abierta y que dentro del cuarto no había nadie. Debió olvidarlos sobre el asiento cuando la ayudaba a estacionar, ya que ella y su hermana, aturdidas por lo que ya daban como un hecho, no estaban en total dominio de sí mismas. Desde ese día hemos estado tratando de acercarnos a la comisaría para devolverlos, sin lograrlo. Ahora, por fin podemos hacer una parada en el lugar, encontrar al sargento Joffrey, darle los guantes y expresarle las gracias otra vez.

Los guantes del sargento Joffrey me hablan de la vida en sus pequeñas cosas. A esa vida en minúsculas, sin embargo, la ronda siempre, como una amenaza, un hecho mayúsculo. Y es así como todos vivimos, a partir de cierta edad, temiendo la llamada nocturna.

Hace ya muchos años, cuando Daniel era todavía un niño, escribí un poema titulado «La noticia». En él hablo de cómo por la ventana abierta, en un día o una noche cualquiera,

la ola entra alocada, dando tumbos,

[…]

la ola con su paréntesis vacío para siempre

que viene a recordarnos que vivir era esto,

que hacia ese lugar desde siempre veníamos.

A ese lugar acabo de llegar, a mis sesenta años recién cumplidos. Y Daniel es mi paréntesis vacío.

Al final de la tarde, Miranda, que no cumple todavía cuatro años, nos distrae de nuestra tristeza. Jugamos a que defina objetos que nombramos en español, y lo hace de manera ingeniosa, buscando las palabras en su cerebro con concentración inusitada y resultados graciosísimos. Más tarde, con sus pinturas para Halloween, pinta paisajes en la panza gigante de Camila, que tiene seis meses de embarazo. Apenas se duerme, emprendemos una tarea que ya no da espera: desde el primer día las maletas que llenamos en el cuarto de Daniel han estado allí, arrumbadas en un rincón, esperando ser abiertas. No es algo que queramos hacer, pero sabemos que no tenemos otra opción, que no podemos cargar a Renata con el legado de las valijas repletas. Nos sentamos, pues, en círculo, como en la Navidad anterior, cuando estuvimos aquí del mismo modo, felices y expectantes, viendo a la pequeña Miranda abrir los regalos que habíamos puesto alrededor del árbol. Aquella vez Daniel me regaló una manta afelpada para poner sobre mis piernas mientras trabajo.

Vamos sacando una a una las prendas, los objetos. Allí está la camiseta con la

cara de Bacon, que le compré en Madrid. Los zapatos negros de cordones rojos que recibió con una sonrisa pero que siempre sospeché que no le gustaron. Los guantes grises, sus preferidos, uno de ellos roto. La chaqueta de pana amarilla, las pantuflas tejidas, los Dr. Martens negros, muy viejos, los pantalones de cuadros que se ponía entre casa. Hay bromas, silencios, lágrimas. De alguna prenda me llega de pronto su olor, la mezcla de algún perfume con el de la transpiración animal de un hombre muy joven. Quisiera hundir mi cara en esas ropas, llorar a gritos, pero me quedo quieta, en silencio, sintiendo palpitaciones en la boca del estómago. Mis yernos y mi marido se quedan con un bonito suéter color trigo, con el gorro, los abrigos de invierno y la chaqueta de cuero. Mis hijas se reparten la caja con óleos y pinceles, los libros, los pequeños objetos inútiles, las camisetas. Yo reservo para mí una bufanda y dos o tres cosas más, las más conocidas, las más viejas, las más usadas. Las que huelan a él. ¿Qué voy a hacer con ellas? No sé, sólo quiero tenerlas. Todo lo demás, lo achacoso, lo que queda grande o estrecho será donado al día siguiente a una institución de caridad.

Cuando acabamos la repartición todos estamos exhaustos. Unos toman whisky, otros pastillas para dormir. Ya en la cama mi marido y yo nos adivinamos despiertos aunque estemos quietos y silenciosos. Tal vez él, como yo, les tema a las imágenes del sueño. Tanto como tememos a las de la vigilia.

Nunca hace frío en los confortables apartamentos neoyorkinos, pero afuera llueve, llueve, llueve. Y también adentro.

El viernes en la mañana la Universidad de Columbia, donde Daniel hacía su maestría, lo despide con una ceremonia conmovedora. Sus compañeros, casi todos mayores que él, están a la vez adoloridos y estupefactos. El piano que interpreta una compañera suya, las tristes canciones *a capella* que entona una reconocida cantante y las palabras de la directora, de sus hermanas y sus amigos desatan nuestras emociones, pero, paradójicamente, también las contienen: el dolor se apacigua al ser compartido con otros.

En la tarde nos entregan las cenizas de Daniel. Me había estado imaginando un cofre metálico, o tal vez de madera, un recipiente lleno de dignidad y belleza, pero nos encontramos con una vasija redonda, blanca, de un cartón fuerte, semejante a la caja de un ponqué de cumpleaños. Deliberamos sobre el lugar donde queremos esparcirlas, a sabiendas de que la ley prohíbe arrojarlas dentro de los límites de la ciudad. Podríamos echarlas al río desde el ferry que puede tomarse en el puerto, pero desistimos de la idea: no sólo llovizna y hace frío y viento, sino que tendríamos a nuestro lado unos testigos aterrados, que además le restarían al acto su carácter íntimo. Contemplamos otras opciones, pero todas resultan difíciles o impracticables. Yo sugiero que, saltándonos la prohibición, las reguemos en la base de uno de los árboles que se levantan en el inmenso parque cercano, y todos se muestran de acuerdo. Uno de mis yernos, pues, ubica cuidadosamente la caja en una mochila, y salimos a cumplir con el rito. Son casi las cinco y de repente, otra vez como por milagro, el cielo se despeja y las nubes se alivianan, se colorean de violeta y rosado. Mientras trepamos por el camino húmedo, cargado de hojas muertas, podemos ver la luz oblicua del sol de la tarde que se cuela entre la copa de los árboles haciendo brillar sus ramas y oímos el canto de los pájaros y los gritos de los niños allá lejos, cerca del lago. Escogemos un árbol viejo,

fuerte, muy alto, y entre los nudos de su raíz regamos los restos de lo que hasta hace pocos días fue el cuerpo de músculos elásticos y piel firme de Daniel, ahora contenido en una bolsita exigua.

Todo esto es tan extraño, pienso.

Toda la vida me han gustado los cementerios. Cuando llego a una ciudad, siempre busco dónde están y los visito. En los muy célebres —Père Lachaise o Montmartre en París, la Recoleta en Buenos Aires, Novodévichi en Moscú— he ido, plano en mano, a cumplir con el secreto deber de buscar las tumbas de mis escritores y artistas favoritos. Junto a la tumba de Vallejo, de Chéjov, de Lugones, he sentido, más allá de la superstición literaria, emociones variadas y sinceras. Conmociones doloridas, casi intolerables, sentí también en el cementerio judío de Praga, ante las lápidas apeñuscadas que revelan la pugna humillante por un pedazo de tierra donde descansar del oprobio, o en el cementerio de Arlington, cuyas hileras de tumbas blancas perfectamente alineadas me parecen atroz idealización patriótica del sacrificio de miles de jóvenes, algunos casi niños, en la guerra. Me suele conmover, también, cualquiera de esos cementerios rurales que cuelgan de una montaña o se abocan a la carretera. Y mi imaginación literaria, no exenta de morbo, suele regodearse en las fechas, en los nombres, en las filiaciones, en las historias que podemos imaginar a partir de lo escrito sobre las tumbas.

¿Si reverencio los cementerios, si los encuentro bellos, por qué entonces preferir para Daniel esa nada al viento, las cenizas? ¿Por qué no la memoria aferrada a la piedra en forma de un nombre y unas fechas?

Tal vez porque frente al dolor de la muerte de un hijo todas las mistificaciones literarias carecen de sentido, se desvanecen; y porque la sola idea de la putrefacción del cuerpo me resulta irresistible. Las cenizas, en cambio, me hacen pensar en la purificación por el fuego.

Pero también porque hago mía la reflexión de Julian Barnes: «¿Hay algo más triste que una tumba que no recibe visitas?».

De regreso a Colombia, una imagen surreal viene una y otra vez a mi cabeza, que ha tratado por todos los medios de alejarse del pensamiento mágico: Daniel, convertido en una especie de superhéroe, pero con su ropa de colores otoñales, vuela debajo de nosotros cargando sobre sus espaldas el avión que siempre temo.

Imágenes. Es todo o casi todo lo que nos queda de aquel muerto que tanto quisimos, que aún queremos.

Después de conocer la noticia todo el mundo ha acudido a buscar fotografías de Daniel, en un gesto desesperado que quiere hurtarle su ausencia a la muerte. También yo, días después, ya en la soledad de mi casa, me dedico a repasar mis álbumes. Y en ellos veo al niño que habla o simula hablar por teléfono, al adolescente de huesos firmes, pelo largo y mirada divertida, al veinteañero de quijada angulosa que se asoma a la cámara con una sonrisa cómplice. Veo a Daniel en Machu Picchu, en Berlín, en Lisboa, con la «imprevista belleza» de sus últimos años, posando con la sonrisa plena de

quien descubre el mundo. Es verdad que a veces esa sonrisa me resulta forzada. Y que la mirada en ciertas fotografías —sólo yo podría verlo— tiene un brillo exaltado que me produce malestar. Pero en general su imagen es la de un hombre sano de hombros anchos y dientes perfectos, en el que habitaba, con toda su potencia, la vida entera. Y me rebelo contra esas imágenes, porque lo petrifican, lo fijan, lo condenan a una realidad estática que amenaza con suplantar las otras, las vivas que todavía conserva mi memoria:

Daniel despeinado y en piyama silbando mientras se hacía el desayuno,

Daniel bajando las escaleras con su chaqueta nueva porque iba a una fiesta,

Daniel riéndose, incrédulo, acompañando su sorpresa con un *¡no!* hiperbólico,

Daniel mirando, tímido e incómodo, las visitas que llegaban a mi estudio a invadir el espacio familiar,

Daniel bailando, con un entusiasmo no libre de torpeza,

o despidiéndose antes de entrar al avión con los brazos un poco rígidos y la mirada huidiza porque no quería mostrar sus emociones.

La fotografía, qué paradoja, recupera y mata. Muy pronto esas veinte o treinta fotografías se tragarán al ser vivo. Y habrá un día en que ya nadie sobre la Tierra recordará a Daniel a través de una imagen móvil, cambiante. Entonces será apenas alguien señalado por un índice, con una pregunta: *¿y este, quién es?* Y la respuesta, necesariamente, será plana, simple, esquemática. Un mero dato o anécdota.

En Bogotá queremos hacer una ceremonia laica y muy íntima, pero mientras tanto, y a fin de compartir el duelo con la parte más amplia y más católica de la parentela, accedo a que se lleve a cabo una misa. Otros se encargan de organizarla, y el resultado es que asiste una multitud que desconozco. En el atrio de la iglesia figuras oscuras se acercan en fila y me abrazan y dicen palabras a mi oído. Ya en la banca, todo un pasado de opresión religiosa se me echa encima, abrumándome… Y aunque siempre me ha parecido idiota el aire altanero del ateo que hace alarde de su ateísmo, y aunque hay cariño y solidaridad en los que asisten, me encojo, cierro los ojos, aprieto los dientes como un animal atacado. La luz eléctrica de la iglesia es plena, sin matices. La música sacra, la que solía estar en manos del organista, ha sido remplazada por canciones modernas, de apariencia profana. El sacerdote, un hombre joven que queriendo parecer simpático y desenvuelto me ha hecho bromas insulsas y extemporáneas antes del oficio, repite vaguedades y lugares comunes sobre Daniel, y a la hora de la homilía cuenta anécdotas triviales que aspiran a parecer sabias. Pienso en la patética decadencia de la Iglesia, en el triste despojamiento de sus ritos, en la pobreza cada vez mayor de sus símbolos.

El dolor pareciera, tal vez por ley compensatoria, otorgarnos derechos. De la mano del dolor, por ejemplo, el enfermo grave o terminal puede hacerse un triste, patético tirano. Un gran duelo nos vuelve momentáneamente libres, o

al menos así me lo parece mientras veo a los demás detenerse en el umbral de mi pena, poseídos por el miedo o el sobrecogimiento o el pudor. Mi propio gesto, mi espacio, mi silencio, mi voluntad me pertenecen ahora como nunca. También soy dueña absoluta de mi palabra. Es como si la muerte de Daniel me concediera vivir por unos días rodeada por un círculo de impunidad. Pero ese poder es irrisorio, es falso, inútil. Para tenerlo he tenido que pagar demasiado caro.

La noticia de que se trató de un suicidio hace que muchos bajen la voz, como si estuvieran oyendo hablar de un delito o de un pecado. Un pariente me llama para decirme que *siente mucho lo del accidente* . Yo, un tanto envalentonada por el dolor, no paso por alto el término que soslaya la verdad: *no fue un accidente* , digo. Entonces la voz del otro lado reacciona, y pregunta si acaso no lo atropelló un carro. Ahora comprendo con exactitud de qué se trata. *No, no lo atropelló un carro. Daniel se suicidó* , digo. Un silencio. Alguien, evidentemente, ha mentido a mi pariente, un hombre mayor, religioso, intolerante. *Qué cosa más rara* , dice con torpeza. Da unas condolencias confusas, cuelga.

Y es que la sola palabra suicidio asusta a muchos interlocutores. En varios de los correos que recibo se habla de «lo que ha sucedido», o simplemente se soslaya el hecho mismo con expresiones como «te acompaño en estos momentos», o «te pienso todo el tiempo».

Pero suceden otras cosas, menos comprensibles: la funcionaria de un fondo de ahorros voluntario al que pertenezco hace quince años me escribe a mediados de julio para recordarme que estoy atrasada en dos cuotas. Yo le pido disculpas, le digo que la reciente muerte de mi hijo me ha distraído de mis deberes, y le solicito que me informe qué suma adeudo. A vuelta de correo recibo un seco informe sobre el monto que debo pagar, sin referencia alguna a mi duelo. A un amigo, un escritor extranjero que me llama a su paso por la ciudad, le doy la triste noticia. El hombre, después de un silencio, dice «lo siento, te llamo luego». También el director de una revista que me solicita un ensayo sobre poesía desaparece cuando en mi respuesta le explico que por ahora no tengo ánimos de escribir nada porque paso por el duelo de la muerte de mi hijo. Me asombra constatar que muchos de los intelectuales que conozco se abochornan ante la muerte, no saben abrazar, se paralizan al verme. En cambio, el maestro de obra que viene a casa hace más de veinte años para hacer reparaciones, se conmueve de manera evidente con la noticia, me expresa sus condolencias y dice, mostrándome los antebrazos desnudos: *mire cómo me he puesto* .

Tres semanas después de la muerte de Daniel la Universidad de los Andes, el lugar donde estudiamos mi marido, mis hijas y yo, donde he trabajado la mitad de mi vida y donde también trabajan mi hermana, mi cuñado, muchos de mis amigos, y donde Daniel estudió Bellas Artes e hizo una especialización en Arquitectura, nos permite hacer en su campus una ceremonia de despedida.

El auditorio que nos han dado queda en un piso alto desde el que se divisan el cerro de Monserrate y el bosque circundante con su vegetación oscura y cerrada. El paisaje es magnificente, tan hondo y dramático como el hecho que

allí nos convoca. A la entrada hemos puesto el libro de firmas, una foto de Daniel y una obra suya, de formato pequeño, que muestra la cabeza de un perro semiembozalado que pareciera gemir. Adentro, flores, y sobre un gran atril, el autorretrato en carboncillo que hizo cuando tenía veinte años y el sufrimiento comenzaba a arrasarlo: allí se ve con el brazo derecho cruzado sobre el pecho, los ojos entre tristes y enojados, y un rictus desesperanzado en la boca.

Poco a poco van llegando los amigos, sobrecogidos y turbados. Sus palabras me suenan a veces petrificadas, inertes. Y es que, como dice Norbert Elias, «las fórmulas y ritos convencionales de antes se siguen efectivamente utilizando, pero cada vez son más las personas que encuentran embarazoso servirse de ellas, porque se les antojan vacías y triviales». Sí. Ya no creemos en las fórmulas, pero no hemos creado un lenguaje que las remplace. Los hechos, como siempre, acorralan las palabras.

Oímos un fragmento de la ópera Rinaldo de Handel. Ricardo, uno de mis amigos más queridos, el director que pone en escena mis obras, lee un poema de Octavio Paz. Y lentamente va emergiendo, a medida que lo recuerdan sus maestros, sus compañeros, sus hermanas, una imagen de Daniel que es más amplia de la que yo tengo. Hablan ellos, con voz entrecortada, de su pasión por el arte, de su carácter reflexivo, de su sentido crítico, de la potencia de sus obras, de su sentido del humor. Me entero por las palabras de uno de sus compañeros de adolescencia de que tenía mucho éxito con las mujeres, a pesar de su carácter introvertido o precisamente por eso. Su amiga Laura se lamenta de los paisajes que ya no verá, de los conciertos que no oirá, de lo que ha dejado de disfrutar y sentir. Mi hija mayor evoca cómo era Daniel cuando niño y remata diciendo que le gusta pensar que en vez de caer voló liberándose de sus sufrimientos. Y yo no sé, oyendo todas estas palabras, qué me duele más, si el mundo sin Daniel o Daniel sin el mundo.

Se oyen sollozos ahogados durante toda la ceremonia. Después un extranjero comentará que en su país jamás se vería una efusión de sentimiento semejante, y yo no comprendo si es una crítica o un elogio.

Me corresponde a mí, finalmente, correr el velo de la incertidumbre y señalar lo que en el auditorio ni sus amigos, ni sus primos, ni sus maestros ni sus exnovias ni casi nadie sabe: que ese muchacho que tuvo amigos y fue amado y se enamoró y estudió con ahínco y pintó y dibujó con pasión, ese que a veces se veía alegre y bailaba y viajaba cada vez que podía, cargó durante ocho años con una aterradora enfermedad mental que convirtió sus días en una batalla dolorosa y sin tregua, a la que él le sumó el esfuerzo desmesurado de parecer un ser corriente, sano como cualquiera de nosotros.

La vida nos escamotea el espectáculo de nuestro funeral. ¿Qué habría sentido Daniel si hubiera presenciado la multitud conmovida que convocó su muerte? ¿Cuánta rabia se habría acumulado en él al ver que su secreto había sido descubierto? Y esa foto que elegimos y enmarcamos, donde sonríe con coquetería, como si al frente estuviera una mujer encantadora, ¿le gustaría? ¿Habría estado de acuerdo con las obras exhibidas? ¿Qué habría pensado, él que tanto desconfiaba de su talento, si hubiera oído hablar a sus profesoras con tanto fervor de su arte, a sus compañeros de su inteligencia y su

capacidad creativa? Tal vez habría dicho «qué oso», como la vez que le conté por teléfono que sus antiguos alumnos de bachillerato, a los que dicté una charla el día del idioma, aplaudieron espontáneamente cuando oyeron su nombre. Qué oso.

Pero esa lucubración —¿qué habría sentido, qué habría pensado?— no pasa de ser una reflexión sensiblera, pues la conjugación verbal, *habría* , resulta baladí referida a los muertos.

A la hora del café, la gente, alguna con los ojos todavía húmedos, pareciera liberarse de la tensión. Hay una ligera algarabía, abrazos, saludos, sonrisas. Están conmocionados, están tristes, pero el muerto es otro. Ya les tocará a ellos, es cierto, pero todavía el turno parece estar lejano. Y bueno, es desconcertante y doloroso un suicidio, y más de alguien tan joven, pero al fin y al cabo fue un acto voluntario, una elección, un alivio.

Se veía tan normal.

Dicen que nunca nadie notó nada. Ni sus primos, ni sus compañeros, ni sus colegas.

Yo conozco un caso similar.

Y yo otro .

Pero además la enfermedad mental es una condena que aísla, que convierte al que la padece en alguien ajeno a los demás, al que queremos mantener un poco distante, ¿cierto?

Quizá fuera mejor así .

Genuinamente conmovidos, todos tienen, sin embargo, un pequeño temblor allá adentro: el estremecimiento agradecido de los sobrevivientes.

II. Un precario equilibrio

No he de proferir adornada falsedad ni poner tinta dudosa ni añadir brillos a lo que es. Esto me obliga a oírme. Pero estamos aquí para decir verdad.

Seamos reales.

Quiero exactitudes aterradoras.

RAFAEL CADENAS

En mi afán de penetrar en la muerte me he volcado de inmediato sobre los libros; pero no sobre aquellos consoladores, los que nos invitan a conectar con el momento presente o a reconciliarnos con el pasado, sino sobre los que hurgan en la enfermedad mental, el suicidio, la experiencia del duelo. Filosofía, literatura, testimonios sobre la locura, la pérdida, la agonía. Algunos amigos me hacen llegar lecturas que consideran oportunas: Héctor me presenta a Michael Greenberg, Luis Fernando a Mary Jo Bang, Vesna, un tratado sobre la muerte para los tibetanos. He vuelto a leer El dios salvaje, y he buscado luz en libros de ciencia, en tratados médicos, en Norbert Elias, en Améry, en Barnes, en Gottfried Benn, en Sylvia Plath, en Lowell, en Javier Marías, en Joan Didion…

Instalada como estoy en la reflexión, siento de pronto, sin embargo, que Daniel se me escapa, que lo he perdido, que de momento no me duele. Me asusto, siento culpa. ¿Es que acaso he empezado a olvidarlo? ¿Es que ingresa ya al pasado, que empieza a desdibujarse? Entonces cierro los ojos y lo convoco con desesperación, lo hago nacer entre la bruma de la memoria, lo hago realidad de carne y hueso. Ahí está, recostado contra la puerta, mirándome, sonriente, y compruebo otra vez cuánto se parecía a mí; y toco su mejilla con el dorso de mi mano, y le acaricio el pelo, y le agarro la mano, sintiendo su calor. El dolor abre otra vez su chorro y las imágenes se multiplican y mi hijo vuelve a estar vivo, y lo veo subir la pequeña cuesta que conduce a la casa, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, serio, adusto, como enojado consigo mismo y con el mundo, como si le pesaran inmensamente el cuerpo y el futuro.

Difícil, difícil , decía Daniel a través de Skype, con una semisonrisa, cuando le preguntaba cómo era estudiar en Columbia.

Hoy leo en el excelente libro de Anderson, Reiss y Hogarty, los «trastornos del pensamiento» que puede producir su enfermedad:

Intrusión de «estímulos no pertinentes».

Necesidad de esfuerzo consciente para completar tareas que todos hacemos de manera automática.

Dificultad de asociar las ideas.

Embotamiento de los afectos.

Fantasías, alucinaciones, voces, delirios, percepciones distorsionadas.

Paranoia, ataques de terror.

Retraimiento social.

Leo también los testimonios de muchos pacientes: uno se queja de sentir su cerebro literalmente quebrado, otro habla del suyo como una esponja

sangrante, un órgano en carne viva que le duele físicamente. Una mujer dice que la lectura se le dificulta porque cada palabra despierta en ella toda clase de asociaciones. Una estudiante cuenta que en cada una de sus crisis una voz le repite que es un ser fracasado y la insta al suicidio. Un chico de no más de veinte años habla del terror que le ocasiona la sonrisa de su madre.

En suma: dolor, dolor, dolor.

¿Estaba la cotidianidad de Daniel abrumada por todos estos horrores? Me cuesta pensar que sí, porque, salvo en los períodos de crisis —y estas fueron pocas, no más de cuatro—, lo recuerdo como un muchacho cualquiera, a veces un tanto adusto, tal vez ensimismado, pero siempre cargando bien con las responsabilidades, saliendo con sus amigos, riéndose de nuestras bromas, y en sus tiempos más felices pintando hasta la madrugada en el cuarto que hacía las veces de estudio, mientras oía su música preferida. *Tuvo muchas temporadas de felicidad, de plenitud* , me dice su médico. Y también: *Su parte sana era enorme. La mayor parte del tiempo pudo vivir como una persona normal* .

Pero ahora que hago balances comprendo que he olvidado que en los primeros años de su enfermedad, cuando todavía ignorábamos su existencia o su magnitud, Daniel vivió durante muchos meses en estado de confusión y desasosiego, amenazado por la paranoia. Un psiquiatra que consulto me dice que su mundo mental necesariamente era distinto al nuestro, que aun en sus mejores momentos el día a día debía implicar para él un esfuerzo sobrehumano, que la sobrecarga de estímulos incontrolables era devastadora para su cerebro. Que su enfermedad convierte la vida en una interminable pesadilla.

No voy a pronunciar el nombre de esa enfermedad, piensa el médico, porque no quiero rotularlo, no quiero condenarlo, ni voy a hacerle perder las esperanzas y sumergirlo en la desesperación. Porque no hay enfermedades sino pacientes.

No voy a pronunciar ese nombre, dice el enfermo, porque van a huir de mí, porque me abandonarán, porque me recluirán, porque no me amarán ni se casarán conmigo. Porque me mirarán con miedo.

No voy a pronunciar ese nombre, dice el padre, dice la madre, porque no puede ser, no puede ser, no puede ser.

¿Cuándo comenzó todo? La memoria es imprecisa. Sólo sé que a los diecinueve años la cara de Daniel se llenó de granos purulentos, infames, vergonzosos. Un acné tardío. Y que fuimos aquí y allá y al final nos rendimos a una droga altamente peligrosa, que pone en riesgo el hígado y por tanto lo obligaba a exámenes periódicos. A medida que su piel se transformaba, se enrojecía, se descascaraba, Daniel se hundía en la oscuridad de la depresión. La puerta de su habitación empezó entonces a cerrarse sobre su angustia, el teléfono dejó de sonar, las rutinas parecieron volvérsele insoportables.

¿Tenía Daniel una predisposición genética que fue disparada por aquel veneno lleno de contraindicaciones? ¿Debieron hacer una investigación más

cuidadosa de su psiquis antes de formularlo?

Un rastreo intuitivo me llevó a leer en internet, años después, lo que sobre aquella medicación para el acné ya se sabía en 2001 pero que nadie tuvo la precaución de decirnos: que «se han comunicado casos de depresión, síntomas psicóticos y rara vez intentos de suicidio».

No tiene caso increpar a nadie, no tiene caso escribir esa carta que he repasado tantas veces mentalmente: mi hijo ya murió, con su piel intacta.

Daniel se veía, por esos días, triste, inestable, enojado, desconcertado. Conjeturando que pasaba por una crisis de vocación le sugerimos que buscara ayuda psicológica. Daniel aceptó y comenzó a asistir a terapia. Pero dos o tres meses después, aterrado, entró a nuestra habitación, se sentó acezando al borde de la cama, y nos contó que el psicólogo le había dicho que «hay que matar al padre», y otras cosas por el estilo.

Me está volviendo loco , decía, *no quiero volver.*

Tal parece que ese médico está usando fórmulas de manual, pensamos. Y entonces lo remitimos a la doctora N, una psicóloga conocida de la familia.

Todo iba a estar bien ahora, pensamos, todo esto iba a pasar pronto.

Ahora que Daniel ha muerto, leo un cuento de Nabokov que me recomienda mi hermano. Allí se describen los síntomas de un chico enfermo al que sus padres van a visitar al hospital mental:

En esos casos tan poco frecuentes, el paciente imagina que todo lo que ocurre a su alrededor es una referencia velada a su personalidad y a su existencia. […] Las nubes en el cielo vigilante transmiten entre ellas, por medio de lentos signos, información increíblemente detallada sobre él. Al anochecer, oscuros árboles que gesticulan, discuten sus pensamientos más íntimos en alfabeto manual. Los guijarros o las manchas o los destellos de sol forman diseños que, de manera atroz, encierran mensajes que él debe interceptar. Todo es una cifra y el tema de todo es él.

Daniel me confesó alguna vez, pocos meses antes de su muerte, en un segundo de sinceridad y como de pasada, que cuando estaba encerrado en su cuarto veía pasar gente a su alrededor, pero que su médico le había enseñado a «focalizar». También sé ahora, por sus terapeutas de los últimos tiempos, que sentía permanentemente que el mundo le enviaba sutiles mensajes que debía descifrar, pero que él sabía desterrar esos espectros de su mente gracias a un esfuerzo continuado de su voluntad.

No puedo dejar de asociar el convencimiento del enfermo de que el mundo le habla, con la pretensión de los poetas de poder «leer» las señales del mundo para luego «traducirlas» en ritmos y en imágenes. Y me duelo del horrible parloteo del universo en los oídos de mi hijo y de saber que lo que para mí ha

sido siempre un gozoso ejercicio de inmersión en la realidad, al agigantarse en su cabeza era para él tortura infernal, fuente de miedo.

Esther Seligson, una escritora mexicana, escribió sobre Adrián, su hijo, el cual se lanzó desde el balcón en su presencia, que a pesar de su cercanía de madre este le había empezado a parecer más ajeno y más extraño a medida que su mundo interior se hacía más hondo. Yo, como ella, desconocía una parte del alma de Daniel. Lo intuía, sí, con la fuerza de la empatía que crea el vínculo materno, y esa intuición me permitía saber si sufría, si estaba enamorado o contrariado con el mundo. Pero lo conocía apenas de un modo parcial, no sólo porque esa es la forma en que casi todas las madres conocemos a nuestros hijos, sino porque cuando llegaba a la casa, libre ya de cualquier presión social, se encerraba en sí mismo, dormía, muchas veces se aislaba. «La enfermedad pone un velo sobre la cara del paciente que nos dificulta descifrarlo», leo en una de mis indagaciones sobre su mal. Así pues, como Esther Seligson, yo sentía que Daniel «era cada vez más ajeno y más extraño a medida que su mundo interior se hacía más hondo».

Por esa razón, después de su muerte se ha apoderado de mí una pulsión investigativa que me lleva a indagar en cuanta materia o ser humano pueda responder a la pregunta: ¿quién fue Daniel?

Reviso mis pequeñas certezas:

Sé que era hipersensible y de un perfeccionismo llevado al extremo, que lo conducía a hacerse a sí mismo las mayores exigencias. Que era un estudioso, un amante de la Historia del Arte, un muchacho que buscaba con rigor la precisión conceptual.

Que desde siempre, desde que era pequeño, cada vez que hacía un descubrimiento intelectual, Daniel sonreía como si destapara un regalo.

Que después de la pintura lo que más le gustaba era la música. Mientras pintaba, encerrado en su estudio, oía hasta la madrugada jazz, rock, música clásica: Janis Joplin, Sting, Radiohead, Manu Chao, Lou Reed, Rachmaninoff, Mozart, Satie. Sin embargo, desde unos meses antes de marcharse a Nueva York, todas las mañanas, a la hora de la ducha, que era larguísima, nos fatigaba indefectiblemente y a todo volumen con las canciones un tanto empalagosas de Miguel Bosé. Cuando alguna vez le pregunté en broma por qué se empeñaba en desesperarnos todos los días con la misma música, lanzó una carcajada y me dijo que por simple pereza de cambiar el CD.

Sé que le gustaban los colores otoñales, las chaquetas de pana, los tenis de colores, las camisetas con diseños atrevidos. Tenía muchas: una con la cara de Dostoievski. Otra, kitsch, con la imagen de un Darwin sonriente. Y una más que decía, parodiando la ya célebre I love N.Y.: Love your own city.

También, que era vanidoso, tal vez porque era inseguro. Odiaba tener rizos, y como veía que estaba perdiendo pelo, se compraba champús que combatían la calvicie.

Puedo afirmar que Daniel tenía el don de saber escoger regalos. Poseo una

colección enorme de objetos que hizo o buscó para mí: un pescado de barro pintado de colores, de sus años de colegio, unos aretes con un diseño vanguardista, una colección de CD de música francesa, un hombrecito de latón, de cuerda, que lleva una maleta, una bufanda negra con piedritas brillantes.

Sé que tenía miedo: de su futuro, del alcance de su enfermedad, de la escasez. Miedo a su propia potencia y al reconocimiento, que lo comprometía con un talento que no estaba seguro de poseer. Que tendía a castigarse, a demeritarse, a minimizar el reconocimiento que otros le hacían.

Me consta que adoraba bailar y que lo hacía con una energía envidiable, que disimulaba su torpeza. Aunque hasta los veinticinco se cuidó de tomar trago, porque lo tenía rotundamente prohibido, me han dicho que en sus últimos dos años se emborrachaba cada tanto y a conciencia.

Era un gran nadador, de anchas espaldas. Y un buen jugador de bolos y de tejo. Un muchachote que adoraba la buena comida y que, cuando podía, se daba gusto en algún restaurante.

Una persona silenciosa, un verdadero introvertido, que sin embargo asombraba a sus compañeros y a sus maestros con comentarios cortos pero atinados, propios de alguien que ha estudiado y reflexionado mucho.

Sé que era dulce, reposado, pacífico. Que poseía un fino sentido del humor. Que siempre tuvo alma de niño. Que jamás decía una mentira.

Daniel era mi hijo, y con toda certeza esta semblanza de trazos gruesos está deformada de manera involuntaria por el amor que le tuve.

Todas esas cosas sé, y sin embargo, qué enormes zonas de ignorancia. Inútilmente busco durante meses una carta que hable de sus tristezas o sus miedos, un diario, alguna nota perdida, doblada en algún bolsillo, en la billetera. Mientras hurgo en sus cosas superando mis pudores y el mandato que recibí desde niña sobre el respeto a la intimidad, me siento como una madre entrometida y me avergüenzo. Cuando me doy por vencida me dedico a examinar con atención su obra, a leer sus cuadernos de notas, a hablar con algunas de las mujeres que quiso, en un esfuerzo doloroso por mantenerlo vivo.

La obra me ratifica, cada vez con mayor claridad, que más allá de las búsquedas estéticas hay una línea coherente trazada a partir de sus obsesiones y sus conflictos. Los cuadernos repletos de reflexiones académicas desnudan al individuo minucioso que empleó toda la tinta del mundo y horas y horas de su vida en investigar, analizar y sistematizar sus conocimientos sobre el arte y los artistas.

En las pinturas y dibujos —más de cien, que dejó perfectamente clasificados y cuidadosamente empacados— es fácil ver no sólo la naturaleza hipersensible de Daniel, sino también la plasmación simbólica de su angustia, un sentido trágico del mundo. En el 2000, con sólo diecisiete años, y sin ningún signo de enfermedad, recrea el tema de la soledad y presenta la autodestrucción como

una salida. Con su letra menuda, más bien feúcha, escribe en el *Art Book* que debe presentar en su colegio:

Nos creamos ideas y mitos para poder esconder esa idea desoladora, esa pregunta sin respuesta, el hecho de que no tenemos un propósito en la vida; por ello nos inventamos las religiones, los seres superiores, para poder justificar nuestra existencia.

La soledad que nos ataca, nos mata, lleva a la gente a la desesperación, al suicidio.

De ese mismo año es una pintura que tituló extrañamente Autorretrato, y que muestra un Cristo en azules, tenso, sufriente, con el vientre en llamas, pintado con «una técnica expresionista», según el comentario que la acompaña. En este se explaya con un impudor confesional raro en él: habla de la úlcera que lo atormentó en la adolescencia, de su perfeccionismo. «En mi cabeza había una pared que no me dejaba actuar felizmente», escribe. Del 2001 son sus restantes autorretratos, dibujos que lo muestran con una agresiva tristeza en los ojos. Mucho más tarde vendrá su obra más profundamente simbólica, en la que Daniel camufla sus pesares, los transfigura: sus hombres y perros con mordaza, de miradas penetrantes. Imágenes que causan en el espectador un inevitable estremecimiento porque aluden con una fuerza monstruosa a rabias sofocadas, a un secreto guardado, a la amenaza del miedo.

Sin embargo esos dibujos y pinturas, todos posteriores al 2000, jamás serán explicados por él como lo que evidentemente son: transposiciones estéticas de sus conflictos o emociones. En cambio, las raras veces en que los sustenta de forma teórica, al comienzo y al final de su carrera universitaria, encontramos la explicación técnica que los respalda, incluso formulada de una manera ingenua por el joven inexperto, que explica las elecciones pictóricas en su cuadro: «El negro es un color muerto […] He oído decir que el negro muestra sólo la ineficiencia de un artista para escoger un color, pero no estoy de acuerdo con esta afirmación. […] La línea azul representa el concepto».

Y es que la fuerza de su racionalidad dio siempre una dura batalla contra la fuerza de sus emociones. Una de las dos iba a crecer como una hidra que terminaría devorándolo.

Sus exnovias me hablan de una persona que yo no conocía: un muchacho de una intensidad afectiva desbordada, elocuente a veces hasta el cansancio, tierno, atormentado, cuya reflexión sobre su vocación y su futuro iba siempre acompañada de mucha angustia; y una persona capaz de cortar sus relaciones de una manera abrupta, rotunda, cruel. *Tenía temor de ser invadido, de tener una piel permeable* , me dice su psiquiatra. *No soportaba demasiada intensidad afectiva* .

Distinta era la imagen que me había formado de Daniel en los muchos años de vivir con él. En la adolescencia solía confiarme sus cuitas amorosas, hasta el punto de que en una ocasión me pidió que lo entrenara para declararle su amor a A, una niña de la que se había enamorado. Planeamos, entre los dos, una estrategia que formalmente parecía imbatible, pero le advertí, por

supuesto, que en cuestiones amorosas no hay nada escrito. Recuerdo que cuando llegó de vuelta le pregunté, curiosa, por los resultados de la escaramuza. No pude sino reírme cuando me confesó que, ya en presencia de A, se había sentido desfallecer y se había olvidado del libreto, abandonando su suerte al burdo azar. Los resultados de aquel día, sin embargo, fueron tan buenos, que algún tiempo después, en unas vacaciones, Daniel y aquella hermosa muchachita, con la que ya tenía una relación sentimental, hicieron una excursión a Europa. El final no fue feliz, hay que decirlo, porque al paseo se sumó un tercero, uno de sus mejores amigos, un muchacho de ojos azules, creativo y muy inteligente, que terminó robándole la novia. Pero fueron tiempos felices, y A, con el tiempo, se convirtió en una de sus mejores amigas hasta el día de su muerte.

La complicidad afectiva de los quince años fue secándose y ya no me hizo nunca más confidencias sentimentales, pero en cambio se afianzó una comunicación intelectual que perduró entre nosotros hasta su muerte. Daniel confiaba en mi juicio estético, y solíamos tener conversaciones sobre el tipo de arte que le interesaba hacer, sus proyectos, las exposiciones que habíamos visto. Cuando me mostraba sus dibujos o sus óleos, yo procuraba no alabarlos con expresiones espontáneas, de esas propias de una madre desbordada de orgullo, porque sabía que lo incomodaban y que podía perder la fe en mí. Le hablaba, en cambio, con la mayor austeridad afectiva, de los valores que veía en la obra, y también, por supuesto, de los defectos.

Muchas veces nos sentábamos, a las cinco o seis de la tarde y generalmente en la mesita de la cocina, a hablar sobre sus opciones, sus dudas, sus planes: cuando debía elegir el tema de un trabajo, cuando decidió pasarse a Arquitectura, cuando esta le empezó a resultar insoportable, cuando se preguntaba por el tema de la tesis, cuando tuvo que elegir entre Carnegie Mellon, la escuela de Arte de Chicago o la Universidad de Columbia. Soñamos, también, con que él ilustraría un libro de poemas mío, y alcanzó a hacer algunos bocetos para un texto que pensamos que era pertinente para niños.

Vencida por la imposibilidad de acercarme a su intimidad, opté por un amor medular que no necesitaba de palabras. Nos unían en silencio alguna tímida caricia que yo le hacía y una cotidianidad compartida en los detalles, de los que yo cuidaba con mucho ahínco, pues quería evitarle cualquier sufrimiento que se añadiera a los enormes que ya debía tener. Y era así como salíamos de vez en cuando a comprar un pantalón o una camisa, y gozábamos en la escogencia, que rematábamos con un buen almuerzo. O como nos sentábamos a escoger un libro en Amazon o una lectura de apoyo a sus proyectos. O como yo le echaba un vistazo a la ropa que iba a ponerse para una entrevista de trabajo o para una cita amorosa.

Yo lo miraba vivir, con un secreto temblor, y le ayudaba a soñar, con la esperanza de que un sereno equilibrio se instalara algún día para siempre en él y le permitiera tener un futuro de plenitud, una mujer, tal vez hijos.

En 2003, afectado ya a la vez por el acné y el medicamento, Daniel decidió viajar a España en el período de vacaciones. Iba con una beca exigua a hacer un taller de grabado. Ya para entonces se quejaba a menudo de que sus

profesores no apreciaban su trabajo o no asistían a clase, y mostraba sus vacilaciones y miedos sobre su destino como artista. Después supe que una paranoia incipiente lo hacía pensar que lo atacaban o lo descuidaban, pero en aquel momento yo relacionaba aquellas críticas y aquel descontento con su autoexigencia, con el rigor que había tenido siempre. Recordaba que cuando apenas era un niñito de seis años, de voz extrañamente ronca para su edad, dejaba listos desde la noche anterior su uniforme sobre la silla, las medias entre los zapatos y la corbata verde de rayas rojas anudada sobre la camisa. Un adulto en miniatura, un pequeño monstruo perfeccionista que nos causaba admiración y risa.

En el aeropuerto, al despedirlo, me conmoví de nuevo al ver su cara desfigurada por innumerables y repugnantes granos blancos, pero me consolé pensando que aquel viaje lo liberaría de las miradas espantadas de sus compañeros. No me explicaba, sin embargo, qué podía haber desencadenado esa erupción horrible, cuando no había antecedentes de acné en nuestras familias.

En aquel momento Daniel era para nosotros tan sólo un muchacho en crisis, que encontraría pronto su camino. Si hubiéramos sospechado siquiera que en su cerebro empezaba a despertarse ya el fuego voraz de la locura, jamás lo habríamos dejado tomar aquel avión.

Aquel mes y medio en Madrid parece haber sido estimulante para él, pero su remate, un viaje a Italia, fue un descenso a un pozo lúgubre. Daniel habla a su regreso de noches asfixiantes en los albergues, de largos insomnios y miedos, de confusión, de conciencia de ineptitud, de inseguridades, y, sobre todo, de decepción por el desdén a la pintura que ha visto en la Bienal de Venecia. A su cabeza ha vuelto de nuevo, como una sentencia inapelable, la frase «la pintura ha muerto». La muestra, además, le ha parecido errática, mediocre, insultante. El arte que durante tantos años amó parece haber caído de su pedestal convertido en trasto. ¿Qué será de él, se pregunta, de su futuro? Entra en un soliloquio atropellado, incesante, sobre su vocación, sus terrores, la mediocridad del ambiente.

Va a la universidad las primeras semanas y llega confundido, irritado, conjeturando otros posibles estudios. ¿Arquitectura, tal vez? ¿Quizá Derecho? Yo, que confío en su talento desde su adolescencia, tengo con él diálogos amorosos pero a la vez ásperos, que intentan hacerlo salir a flote del torbellino absorbente de sus argumentaciones, devolverle seguridades, lanzarle salvavidas. Su discurso crece, se desparrama, invade todos los resquicios de la casa. Daniel llama a medianoche a su hermana Renata para hacerle consultas. Despierta a su papá a las cuatro de la mañana y en la cocina tienen una charla que agoniza desoladamente y sin resultados en la madrugada. Su psicóloga no parece notar nada grave, ni siquiera cuando él decide abandonar la universidad. Nosotros aceptamos su decisión de desertar de la carrera con preocupación disimulada, pues creemos firmemente en la autodeterminación y el libre albedrío, pero unas semanas más tarde, después de ver que los planes que ha hecho —ir a nadar, tomar clases de francés— no se realizan, y que permanece encerrado en su cuarto, le proponemos que se vaya unos meses a Nueva York, donde vive Renata, a tomar algún curso y a darse un tiempo de espera. Y Daniel viaja, aparentemente entusiasmado.

Unos días después su hermana nos llama a decirnos que lo nota «raro»: que habla con insistencia de sus opciones de vida, que no duerme, que sale a dar paseos y regresa de inmediato, que tiene súbitos accesos de llanto y que acaba de decirle que tiene miedo de que lo aprese la policía. Con el corazón encogido de dolor y estupefacción le digo que lo devuelva de inmediato, en el vuelo más próximo.

Y he aquí que veo salir del aeropuerto a un Daniel transfigurado, con la nariz perfilada de los moribundos y una mirada hueca, totalmente opaca, que parece ir hacia adentro, prescindir del mundo exterior. La verborrea galopante de hace unos días se ha trocado en un silencio sólo atravesado de vez en cuando por uno que otro monosílabo. De inmediato lo ve su doctora, que después de atenderlo por una hora me asegura que nada anormal pasa. Daniel está simplemente deprimido, confuso, impaciente. Yo suspendo mis rutinas de escritora, y en los ratos que me dejan mis tareas de profesora universitaria voy con él al centro, recorro los museos, trato de interesarlo en una u otra cosa. Daniel camina como un zombi a mi lado, ajeno a todo. Como crece en él una irritabilidad que hasta ahora no conocíamos, y que lo lleva un día a gritarme sin razón ninguna, lo enfrento y lo obligo a que vayamos juntos a la siguiente consulta. Él entra primero, se demora allí unos diez minutos, y cuando la psicóloga me hace entrar veo su cara alarmada, sus ojos desorbitados. Ahora ha comprendido que algo grave pasa. Me aconseja no dejarlo solo, vigilar sus movimientos, y me remite a un psiquiatra para que lo diagnostique y proceda a medicarlo. Pero ella no va a prescindir de su paciente, ni más faltaba: las consultas seguirán siendo en su consultorio, en forma semanal.

Aceptamos, todavía desconcertados, afligidos, aquella extraña terapia bicéfala. Y comienza una etapa de tristes y definitivas equivocaciones.

Todo es espectral y desasosegante en el consultorio del psiquiatra al que nos ha remitido la psicóloga: la luz enfermiza de la lámpara, las paredes despojadas, el pasillo incierto, y el médico mismo, un hombre sin sonrisa. Nos habla de modo cortante, sin el menor rasgo de compasión, pero nos habla. (Luego tendremos que vernos con el silencio de los médicos, con su renuencia a dar un diagnóstico y su negativa a contestar el teléfono). Pero lo que nos dice lo recibo como un golpe en el estómago. Durante el trayecto de regreso, con sus palabras en mi cabeza, empiezo a sentir mareo, náuseas, dolor en el pecho. Entro corriendo a la casa, subo al baño, me arrodillo delante del inodoro y vomito hasta vaciar las tripas.

No puede ser que a los veinte años,

cuando empieza a dejar atrás el adolescente de rasgos desproporcionados, cuando se afina su quijada y los hombros empiezan a ensancharse,

cuando los ojos se le notaban brillantes porque había hecho el tránsito a un mundo que creía más espacioso y libre,

ahora que se ha enamorado, que tiene la pasión de la pintura, que sueña con dejarnos,

no puede ser, no puede ser, no puede ser.

Leo sobre la enfermedad que ha mencionado el médico sin sonrisa: es, dicen Anderson, Reiss y Hogarty, «[…] una enfermedad grave, con una vulnerabilidad biológica de origen desconocido, que vuelve a los pacientes particularmente susceptibles al estrés generado por los ambientes que los rodean». Y aunque su origen es incierto, suele haber consenso en que en un 70 % sus causas son biológicas, quizá genéticas. Tal vez un trauma físico, una infección. Me entero, también, de que para que aparezca la enfermedad mental debe haber una predisposición y un detonante. Me pregunto cuál pudo ser este en el caso de Daniel, y mi intuición me dice, una y otra vez, que fue la medicación contra el acné.

Años más tarde, cuando parece definitivamente confirmado que lo suyo es un trastorno esquizo-afectivo, me atrevo a ser clara con Daniel sobre lo que ningún médico quiere llamar por su nombre frente a él. Me pregunta, con los ojos muy abiertos, si *eso* es para siempre. Y yo, tragándome las lágrimas, le contesto:

—Sí, Dani, para siempre.

Javier Marías escribe en Los enamoramientos que «[…] hasta los suicidios son debidos a un azar». Y eso me hace pensar en Borges y su metáfora de la vida como un juego, una lotería que todos jugamos —con «consecuencias incalculables»— por el simple hecho de haber nacido: «A veces un solo hecho […] era la solución genial de treinta o cuarenta sorteos». El universo es para el escritor argentino una infinita suma de azares, o, si miramos el tapiz por el reverso, una rigurosa red de causas y efectos.

¿En qué sorteo se decidió, pues, el destino de Daniel? ¿Cómo fueron llevándolo a la muerte las distintas jugadas de esta lotería pavorosa que se vio obligado a jugar desde niño?

¿Por qué, si los índices de esquizofrenia —con sus múltiples variantes— no llegan al 1 % en la población mundial, tuvo que estar Daniel dentro de ellos?

¿Por qué si sólo un 10 o 15 % de los enfermos que intentan suicidarse lo logran, él lo pudo llevar a cabo?

Sólo puedo contestarme que mis preguntas son absurdas pues nunca hay un porqué, ni un sentido, ni un designio. Sin embargo, leo en una entrevista para un diario latinoamericano que el doctor James Dewey Watson, codescubridor del ADN y ganador del Nobel de Medicina en 1962, dice:

Tengo un hijo que tiene esquizofrenia. Él, simplemente, no puede cuidar de sí mismo. En Johns Hopkins secuenciaron cuatro casos de esquizofrenia en los que los padres eran normales y, de repente, sale uno malo, y encontraron la probable causa del cambio en cada uno de ellos. Lo que puede ser cierto es que todos los casos nuevos de esquizofrenia se deben a nuevas mutaciones, sólo a un cambio en una letra. Hay una teoría alternativa que señala que la esquizofrenia ha estado recolectando una serie de mutaciones que no hacen

daño, pero que si se ponen en cierta combinación, aparece la enfermedad. ¿Qué fracción de personas tiene nuevas mutaciones genéticas que las ponen en desventaja? Probablemente sería el 5 %.

El diseño de la mente de Daniel, pues, y por consiguiente su muerte, son el resultado del cambio de una letra en su código genético. Lo atroz —y también lo maravilloso— de nuestras vidas, es que están parapetadas sobre lo aleatorio, lo gratuito, lo caprichoso. «Somos como moscas en las manos de los dioses», escribió Shakespeare. Sólo que no hay dioses, o que los dioses, los que construyeron, como en «El inmortal» de Borges, esta ciudad absurda y monstruosa en que nos movemos, con pasadizos que no llevan a ninguna parte, hace tiempos, siglos, que están muertos.

Daniel mejora rápidamente con los medicamentos psiquiátricos. Entonces pido cita con un conocido psiquiatra de la ciudad, el doctor G. Durante años ha dirigido el departamento de psiquiatría de un hospital de renombre. *Vengo* , le digo, *porque parece que mi hijo tuvo un episodio psicótico y porque quiero saber eso qué significa, cómo compromete su futuro, qué riesgos corre, si es, cómo dicen, un indicio de que tiene esquizofrenia* . Le cuento cómo es Daniel. Le digo que tiene talento, que intelectualmente es brillante, que es introvertido, que se ve deprimido, que tiene rasgos paranoicos. El doctor G bosteza. Son las dos y media de la tarde, tal vez esté cansado. Enseguida me escruta, con la cara ladeada. *¿Qué quiere que le diga?* , me pregunta. Hago un esfuerzo. *Quiero que me explique qué puedo hacer por mi hijo* , le digo, *qué esperanzas puedo tener, cómo acompañarlo en su enfermedad, cómo salvarlo. Todos los casos son distintos* , afirma, nada de lo que él pueda decir va a servirme de veras. Yo insisto: *¿hay acaso rasgos en común en los enfermos? ¿Cómo puedo prever una crisis?* En ese momento suena su teléfono. Contesta. Por lo que dice comprendo que habla con su mujer, que ella está en aprietos, que su automóvil se ha varado en alguna parte, que necesita un mecánico. Él la tranquiliza, le da un teléfono, instrucciones. Pide excusas, volvemos al tema. Pero ahora pareciera impaciente, como si no pudiera retomar el hilo. Un rato después vuelve a sonar el teléfono. De nuevo es su mujer. El doctor G se impacienta, le habla con brusquedad. Cuando cuelga, mira el reloj. Parece que el tiempo de la consulta está a punto de terminarse. *¿Alguna cosa más? Daniel piensa irse de vacaciones con unos compañeros* , le digo. *Está medicado, se ve bastante bien, se ve normal, pero quiero saber si debo temer algo. ¿Cómo son esos compañeros?* , pregunta. *No sé, amigos* , digo, *muchachos de la universidad. Tenga cuidado* , me dice, parándose para despedirse, *porque* ***ellos*** *se juntan* .

A través de los libros de su biblioteca y de los apuntes de sus cuadernos, examino, ahora que Daniel ya no está, la larga lista de sus apasionamientos en la historia de la pintura, y veo también cómo hizo un camino de reflexión estética aferrado a la cuerda de unos intereses muy precisos: a los dieciocho, Luis Caballero, Roda, Bacon. A los veinte, Lucian Freud, De Kooning, Egon Schiele, Fabian Marcaccio, pero también Rembrandt y Goya. Más tarde, Louise Bourgeois, Chuck Close, William Kentridge, Jenny Saville. El cuerpo y su dolor, su deterioro, su fuerza erótica y autodestructiva lo atrajeron siempre. Pero más allá de los temas le interesaba la pintura como fuerza volcánica, desmesura, rapto, verdad y crudeza. Como secreta y desnuda confesión.

Por eso, porque yo conocía de cerca cómo amaba su arte, al que dedicaba todas sus horas, me cogió por sorpresa su decisión de mediados de 2004 de hacer un traslado a Arquitectura. Ante mi cara triste, Daniel me confesó que la crisis en relación con su vocación de pintor y dibujante había llegado a su más alto punto de agobio. No tenía talento. No iba jamás a poder vivir de la pintura. *Pero además, mamá, ya nadie la valora, es una expresión del pasado* . En vano lo rebato, le digo que estamos ante un momento de incomprensión histórica, ante una simplificación amplificada por la estupidez de la provincia. La pintura no morirá nunca, simplemente se transformará como ha hecho siempre. *Yo soy muy clásico* , se lamenta, como un leproso de sus heridas.

¿Qué madre puede convencer a un hijo de que tiene fuerza y talento? ¿Podemos las madres, tan irrisorias para los hijos jóvenes, forzarlos a seguir los caminos que hemos soñado para ellos? Lo veo entonces haciendo un esfuerzo supremo que se traduce en maquetas, planos, largos trasnochos y, sobre todo, en cara de aburrimiento, cuerpo tenso, falta de alegría. Y sin embargo, asume aquella tortura con enorme disciplina y perseverancia.

De pronto comprendo que, con esta decisión, Daniel ha puesto freno a su parte emotiva, que usa la arquitectura como plomada para trazar los muros de una nueva vida, donde no tenga que exhibir su yo ni enfrentarse con su talento.

Lo mismo que va a hacer después a la hora de escoger el tema de su maestría.

Sólo es bueno lo que nos hace felices, le decía yo en los últimos tiempos. Libérate. Y me duele pensar que en este punto me hizo caso. Radicalmente.

En julio de 2006 Daniel, Rafael, mi marido, y yo tenemos nuestro propio descenso a los infiernos. Como siempre desde hace unos años planeamos irnos los tres de vacaciones. Esta vez el destino escogido es Brasil, donde tenemos la intención de recorrer varias ciudades. Más o menos dos meses antes de irnos, Daniel nos anuncia que su psiquiatra le ha suspendido la droga. Nos preocupamos un poco, pero decidimos no interferir, por una cuestión de respeto tanto con el médico como con el paciente, y también porque secretamente queremos creer que esa es una señal de recuperación de la enfermedad, que esta empieza a remitir y tal vez desaparezca para siempre. Aunque escasa, es una posibilidad. Nos han hablado de personas que han tenido uno o dos episodios psicóticos y después han vuelto para siempre a la normalidad. ¿Por qué no había de ser este el caso de nuestro hijo?

Mis ojos, siempre alerta, empiezan a ver, sin embargo, que el ya bastante desasosegado estudiante de Arquitectura da muestras de taciturnidad y ensimismamiento. Su silencio se agudiza, de nuevo se acalla la música. A veces veo a Daniel tirado en su cama, mirando fijamente el techo. Mis radares de madre, casi siempre infalibles, me anuncian que las cosas no andan bien. Una llamada a la doctora N, que sirve de puente con el psiquiatra, me tranquiliza por unos días, o tal vez me lleva a pensar que mi obsesión maternal me hace ver señales donde no las hay. Quince días antes del viaje, sin embargo, pido una cita, y mi marido y yo hacemos presencia para informar sobre nuestros temores. La doctora N nos asegura que todo está

bien, que el trastorno de Daniel es manejable, que él, ante todo, nos manipula. El parte, pues, es de tranquilidad y comenzamos, confiados, nuestro viaje.

Al atardecer llegamos a Recife, una ciudad desarticulada, un tanto ruinosa, pero con un bello corazón antiguo, donde abundan canales, puentes, iglesias. Nuestro hotel, muy confortable, está ubicado en Piedade, un lugar de bellas playas, pero rodeado de calles inhóspitas, talleres, un comercio más bien sórdido. Desde nuestro balcón, en el piso diez, divisamos el mar, su extraña playa de arenas amarillo cúrcuma totalmente vacía.

A la hora de la comida, Daniel nos habla con entusiasmo de muchos planes que le rondan la cabeza, y otra vez de sus insatisfacciones. Va y vuelve del arte a la arquitectura, pero no ya con angustia sino con fe en las opciones futuras. También habla de un posible trabajo en la biblioteca. De todos modos hay en su discurso una excitación extraña, emociones que se traducen en cierta vibración de la voz, una hipersensibilidad generalizada que me produce una enorme ternura. De vuelta en el hotel, donde dormimos los tres en la misma habitación, comienza de repente a llorar y a temblar, en lo que conjeturo es un ataque de pánico.

Es que ha sido muy duro , repite incesantemente. *Yo hace tres años no conecto la neurona* .

Y confiesa que se asusta de verse, de reconocer sus limitaciones. En medio de sollozos nos confiesa que tiene paranoia. Nos acusa, sobredimensiona cualquier palabra nuestra: su papá le dijo «me cansé», yo, que era «un bobito».

¿En serio crees que soy un bobito?

Conmovida, le aseguro que no y lo abrazo durante un buen rato y acaricio su cabeza, tratando de calmarlo como a un niño, hasta que veo que lo vence el sueño. A medianoche me meto finalmente en mi cama con el corazón encogido.

Cuando la luz de la mañana me despierta, mi primera reacción es examinar si Daniel todavía está dormido. Con sobresalto constato, no sólo que su cama está vacía, sino que la puerta del balcón ha sido abierta y que el viento se cuela por ella con tal fuerza que las cortinas se mecen con violencia. Sin respiración, ahogada por el terror, asomo la cabeza al vacío dispuesta a hacer el peor de los descubrimientos. Pero en ese momento un ruido me hace voltear la cabeza, y veo a Daniel que sale del baño con una semisonrisa estremecedora. Le hablo. Mientras que las palabras salen de mi boca y llegan a su cerebro, observo que pasan unos segundos. Dios mío. ¿Es posible que a pesar del parte de tranquilidad de sus médicos Daniel esté enfermo?

Recife, Olinda, Bahía, Ouro Preto, Brasilia, Río. Mis ojos intranquilos siguen a Daniel en todo momento procurando que él no lo perciba. Se muestra dulce y callado, como siempre, pero en su mirada hay una opacidad preocupante. En la playa, con sus pies desnudos anclados en un solo lugar, mira fijamente el mar durante casi una hora. En dos ocasiones lo sorprendo sonriéndole a su

imagen en el espejo, y frente a la cámara adopta una expresión que me resulta desconocida. Una parte suya parece estar presente en nuestros recorridos por iglesias y museos, otra está lejos, en su propio cielo o infierno. La belleza de ciertos monumentos lo conmueve de una manera extrema, y un buen día, en un restaurante japonés, empieza a alabar los dibujos de las paredes, las teteras, las cortinas, todo lo que hay de refinado en aquel lugar, y de pronto rompe en llanto. Yo quiero interpretar aquella emoción como el resultado de la alegría que el viaje le proporciona, y lo abrazo, con ternura. Desde entonces su efusividad se desata: me acaricia el pelo, me da besos en las mejillas, abraza a su papá y entre lágrimas le dice que lo quiere. Un niño frágil y emotivo ha desplazado al muchacho habitualmente blindado contra las caricias familiares.

En el jardín botánico de Río de Janeiro Daniel se muestra feliz: nos asegura que jamás había percibido con tal intensidad la frescura del aire en sus pulmones, el olor de la hierba, de las flores, y respira de manera afectada, entrecerrando los ojos o acercando su mejilla a la corteza de los árboles. Esto no es normal, me digo. Hay aquí desmesura, desequilibrio. Por una extraña coincidencia yo he llevado para leer durante el viaje una breve pero excelente biografía de Virginia Woolf. Me encuentro allí con la descripción de sus crisis maniaco-depresivas, con los testimonios sobre su sufrimiento, las voces que la atormentaban y finalmente su suicidio. Daniel, mientras tanto, lee la primera novela de mi hermano, recién publicada. Cuando le pregunto cómo le parece me dice que muy interesante porque en ella encuentra señales que le ayudan mucho. Del primer computador que encuentro escribo a la doctora N para contarle lo que está pasando, consciente de la fragilidad de nuestra situación de turistas despistados, desprovistos de una fórmula médica. Ella contesta en forma puntual diciendo que no debemos preocuparnos, que él es un muchacho consentido que desarrolla esas conductas por la sencilla razón de que está con nosotros. Pero aquella respuesta no sólo no me convence sino que me enfurece. Ensayamos comprar su medicación en varias farmacias, pero se niegan de manera rotunda a venderla. Quizá sea hora de consultar un médico, digo. Pero vacilamos, patinamos en un charco de indecisión y confusiones. Es difícil hacer un diagnóstico psiquiátrico, y tal vez estemos sobredimensionando las cosas, tal vez los miedos que nos acompañan nos están haciendo ver como graves síntomas que todavía dan espera. Al fin y al cabo en dos días estaremos de nuevo en Bogotá y podremos poner a Daniel en manos de profesionales.

Entonces, ocurre lo improbable: mientras hacemos fila en el aeropuerto para chequear nuestras maletas, nos enteramos de que Varig ha quebrado y que todos sus pasajeros quedamos en el más completo abandono. Lo que nos dicen los empleados, con la cara impasible del que debe defenderse de la ira que de inmediato desatan sus palabras, es que no hay manera de enviarnos a nuestros destinos, y mucho menos de costearnos hoteles, transporte o manutención. Hordas de gente desesperada se agolpan frente a los mostradores de Varig, repentinamente vacíos, o se deciden a luchar por un cupo en las aerolíneas de la región. Pero toda esperanza parece desvanecerse. Se nos informa que antes de cuatro días no podremos conseguir un solo cupo para viajar a Colombia. Buscamos entonces un hotel en el centro de São Paulo, donde nos asignan una habitación en el piso 24, y comenzamos un obstinado peregrinaje diario al aeropuerto en busca de sillas

vacías. Salimos siempre de madrugada, entre cuatro y cinco de la mañana, y nos encontramos irremediablemente con que las colas a esas horas ya son interminables, caóticas. Daniel cuida de las maletas, sentado en el suelo, adormilado, mientras cada uno de nosotros hace una fila distinta y siempre eterna. Un día un pasajero se desmaya delante de nosotros y cae al suelo con gran estrépito. En otro momento se arma un pequeño motín, un conato de pelea motivado por la indignación ante el maltrato. En el afán de romper el cerco y huir de aquellas jornadas extenuantes y de esta situación que nos crispa, empezamos a considerar itinerarios absurdos, como si la impaciencia nos hubiera hecho perder la cordura: São Paulo-Nueva York-Caracas-Bogotá, o São Paulo-Santiago-Lima-Panamá-Bogotá. A punto de sacar nuestras tarjetas de crédito para comprar alguno de esos trayectos, caemos en cuenta del costo exorbitante que esto nos representa, de su inviabilidad.

Durante cinco días, cada tarde, después de que desolados nos damos por vencidos frente a los mostradores, deambulamos por el centro de la ciudad buscando un poco de esparcimiento. Al hotel llegamos siempre rendidos, desalentados, de mal humor. Con preocupación comienzo a notar que Daniel permanece despierto toda la noche, muy quieto, mirando al techo. Recuerdo entonces, con un estremecimiento, que en nuestro primer día de hospedaje en São Paulo nos pidió que lo acompañáramos hasta el último piso del hotel para explorar qué había allí, y que en otra ocasión lo vi sentarse en el bordillo de la ventana y mirar con detenimiento el vacío. Ahora yo tampoco duermo, pendiente del menor de sus movimientos. Entonces, cuando ya empezamos a perder las esperanzas, logramos tres sillas en Taca para el día siguiente. Respiramos. Pero el alivio nos dura poco porque a la hora del almuerzo el discurso de Daniel se hace abstruso, inconexo. Con gran naturalidad mezcla elementos de aquí y de allá, del pasado y del futuro, verdaderos y falsos, y propone para su vida ciertos absurdos, como entrar a un seminario para hacerse sacerdote. Cuando un grupo de músicos comienza a tocar él llora con desconsuelo, repite constantemente que es infeliz y hace un recuento de su vida enfatizando en que él no es esquizofrénico ni bipolar, como le han sugerido algunos amigos. Siento algo parecido a un incendio en el pecho. Y abriendo mucho los ojos le hago ver a mi marido que hay en este galimatías un ingrediente de delirio. No, dice él, estoy equivocada. Pero no bien acaba de afirmarlo lo veo palidecer, reconocer que estamos enfrentando un episodio de locura.

Por qué no nos dirigimos de inmediato a un hospital es algo que hoy todavía me pregunto. Quién sabe qué última esperanza o qué proceso de negación nos hace pensar que aquella situación puede esperar todavía las veinte horas que nos separan de nuestro destino final. Y es así como al día siguiente llegamos al aeropuerto a las cuatro de la mañana, tensos, agotados, inermes, soñando con que habrá un desenlace feliz, sin sospechar siquiera que estábamos a punto de vivir una de las peores experiencias de nuestras vidas.

La reciente emergencia hace que el aeropuerto de São Paulo esté atestado esta mañana. Daniel se ve, como desde hace unos días, un poco adormilado, aunque también, por ratos, ligeramente excitado con el viaje. Chequeamos nuestras maletas cargadas de ropa sucia, y ya aligerados de su peso atravesamos los controles de seguridad. Todo parece ir bien hasta ahora, aunque no nos abandona la tensión de saber que todavía hay algo un tanto

perturbado en su discurso. Entonces, cuando la joven empleada de la aerolínea anuncia que nos preparamos para embarcar, Daniel se retira unos cuantos pasos de nosotros y dice, muy serio:

—Papá, mamá, yo me quedo.

Con su mano derecha levantada hace un breve saludo de despedida, da media vuelta y echa a correr. Es un muchacho grande, fuerte, de modo que sus zancadas hacen que se pierda pronto entre la multitud. En cuestión de segundos mi marido reacciona, lo sigue, lo caza, lo toma con violencia del brazo y lo sacude. Daniel le grita, le pega, lo llama hijueputa. Yo comprendo que la violencia es lo único en lo que no podemos caer, y acaricio a Daniel, le pido que se calme, que tenga paciencia, le recuerdo que sólo unas horas nos separan de Bogotá. Debemos salir de allí, regresar, llegar a casa. Lo tomo de la mano y es así como entramos al avión, donde lo ubicamos con prudencia en la ventanilla.

¿Habrá dolor? , me pregunta Daniel en medio del viaje, y añade: *¿me ayudarías a llegar al final?* Mis recientes temores se confirman con esas frases y con su recurrente y exaltado pedido de los inocuos medicamentos que he llevado al viaje en un pequeño bolso dentro de la cartera.

—Ya vamos a llegar a Lima, Dani. Tranquilo.

—¿Será que en Lima hay un lugar alto?

Desesperada, sabiendo de lo inútil y hasta ridículo de mi iniciativa, lleno su boca de gotas homeopáticas tranquilizantes. Cada tanto descubro que me mira con terror, y en cierto momento me dice, tembloroso, que yo no soy su mamá. *Claro que soy tu mamá* , le digo. *¿Te acuerdas que de niño me enrollabas el pelo con el dedo mientras te dormías?* Sonríe. *Entonces sí* , dice, *sí eres mi mamá. Yo era un niño* , repite, y me pregunta, con tristeza, si será que él es bipolar. Le explico que esas denominaciones no sirven para nada, que simplemente está confundido, que esto pronto pasará, y me doy a fantasear sobre nuestro futuro inmediato: nos iremos los dos a vivir a la playa, a una casa hermosa pero dotada sólo con lo esencial, donde él no tendrá que pensar en arquitectura ni en nada que se le parezca, sólo se dedicará a pintar mientras yo escribo mis poemas y mis novelas.

A medida que las horas pasan —y son muchas— Daniel se agita cada vez más, amenazando con levantarse cada tanto. Cuando alega que necesita ir al baño, mi marido lo acompaña, aterrorizado, temiendo que pueda pasar algo por el camino. Aprovecho ese momento para pedirle a una azafata que le informe al piloto que tenemos una emergencia psiquiátrica y que a nuestra llegada a Lima necesitamos urgentemente un médico. Al volver a su silla Daniel pide auxilio a gritos porque ha descubierto que nosotros queremos matarlo, y se identifica como «el hijo perdido de P. B.» Los pasajeros guardan un aterrado silencio. Yo le pido al hombre que está sentado al otro lado del pasillo, con discreción, que nos ayude a controlarlo si es necesario. Entonces el piloto anuncia que nos aproximamos al aeropuerto internacional Jorge Chávez, y yo hago un último esfuerzo de contención antes de dejar salir, incontrolables, las lágrimas.

Los tres permanecemos en nuestros asientos, mientras con lentitud van saliendo los demás pasajeros. Una vez baja el último, entran un médico y tres enfermeros auxiliares. Nos levantamos para recibirlos, damos el nombre del paciente, y nos apartamos para que puedan acercarse.

—Daniel, soy el doctor…

El recibimiento de Daniel es una contundente patada en el muslo, que deja al médico tambaleando. Los enfermeros y los pilotos, que han estado esperando junto a la cabina, se lanzan entonces sobre aquel muchachón convertido en Hércules, forcejean con él, lo arrastran por el estrecho pasillo. Uno de ellos lo inyecta en el glúteo que otra mano ha dejado al descubierto, y Daniel deja entonces de luchar, se vence, cae de rodillas golpeándose en la cabeza con los asientos que lo rodean. Ya está.

El mundo se ha reído siempre de los locos. De Don Quijote, aunque con un fondo de ternura. De Hamlet, no sin cierta admiración. ¿Cómo podría yo, ahora, reírme de la locura?

En el pequeño cuartito donde nos han confinado, Daniel, con un último aliento, levanta amenazante su pasaporte, y le grita a la gente que lo custodia que él es mayor de edad y que nadie tiene derecho a tocarlo. A nosotros nos mira con odio, nos dice traidores, y nos pide que lo dejemos salir del aeropuerto: él venderá la cámara de video (que todavía lleva terciada al hombro) y se dedicará a sembrar la tierra o a vivir como un indigente.

Abrumados, mi marido y yo esperamos que los empleados de migración nos digan cómo proceder. El médico, que permanece con nosotros, nos explica que el medicamento que le han inyectado no demorará en hacer su efecto de aletargamiento total y que en unos minutos Daniel será «una persona manejable». En esas estamos, cuando vemos cómo, ya adormecido, se derrumba en brazos de los enfermeros que lo sostienen.

El sitio al que nos trasladan es un hospital pequeño y feo, situado sobre una ruidosa calle saturada de buses en un barrio popular cercano al aeropuerto. Los médicos, que nos reciben de forma diligente y amable, acomodan a nuestro hijo en un pequeño espacio destinado a las emergencias, y nos dicen que en unos minutos aparecerá el psiquiatra. Yo me acerco a la cabecera y acaricio su frente, beso su pelo revuelto, sus ojos cerrados. Y entonces constato, con infinita tristeza, que la medicación lo ha relajado a tal punto que, sin control de esfínteres, se ha orinado manchando no sólo el pantalón sino también las sábanas. Sí, ahora Daniel es «una persona manejable».

El psiquiatra, un hombre alto y carismático, de hombros muy anchos, facciones indígenas y dientes resplandecientes, nos interroga. Sí, no hay duda, se trata de un episodio psicótico debido a la falta de medicación, y es necesario hospitalizarlo al menos tres días. Antes, imposible dejar Lima. La contundencia de los hechos, lo claro del diagnóstico, nuestro desaliento, nos hacen aceptar la situación con entereza y sosiego. Entonces revive en mi marido el sentido práctico que siempre ha tenido y se dedica a hacer llamadas: al seguro, a su empresa, a nuestras hijas.

Yo recuerdo que la parentela política de mi hermano vive en Lima y hago lo propio. En menos de media hora llegan al hospital Laura y Rolf, la cuñada de mi hermano y su marido, personas afables, dispuestas, llenas de aplomo. No es ese el lugar para Daniel, nos dicen. No sólo es un hospital pobre, sin recursos, sino que queda lejísimos de su casa, donde nos invitan a alojarnos. Ellos harán las gestiones pertinentes, nos buscarán un lugar en una clínica bien dotada, y llamarán a un psiquiatra conocido. Las llamadas van y vienen. Finalmente hay un acuerdo con el especialista que está al otro lado del teléfono: Daniel no será internado en un hospital psiquiátrico sino en una clínica tradicional de Lima y nos atenderá un médico muy apreciado. En ese momento el psiquiatra residente se acerca a nosotros para señalarnos el sitio donde tenemos que hacer los trámites de internación, y nosotros, vacilantes, un tanto avergonzados, le decimos que hemos cambiado de opinión, que agradecemos mucho sus servicios y los del hospital, y que pagaremos lo que se debe, pero que trasladaremos a Daniel a otro sitio. Laura menciona el nombre del médico que va a tratarlo. Vemos la contrariedad en la cara del psiquiatra, tal vez la humillación. Con una sonrisa irónica dice que los nombres altisonantes de la aristocracia criolla (y el de aquel doctor sin duda lo es) a él no le significan nada. Que hagamos lo que nos dé la gana.

Una hora después trasladamos a Daniel en una ambulancia que ha llegado por nosotros. Yo me siento a su lado, lo tomo de la mano, le hablo al oído. Pero él no responde: está sumergido en un sueño profundo, el único que garantiza que también duermen sus espantosas fantasías.

La casa de Laura y Rolf es grande, luminosa, rodeada de jardines. Nos asignan una habitación con todas las comodidades, que agradecemos infinitamente. Su hospitalidad no sólo nos hace sentirnos acogidos, rodeados de solidaridad familiar, sino que nos libera de pagar un hotel en un momento en que nuestros gastos han excedido todo presupuesto y además vislumbramos un desembolso muy alto por la internación en la clínica.

Es casi ya medianoche cuando entramos a nuestra habitación y exhaustos buscamos dentro de las maletas, en medio de un silencio que pesa como piedra, nuestros implementos de aseo y nuestras piyamas para disponernos al sueño. Es como si apenas ahora, después de horas y horas de incertidumbre y esfuerzos, pudiéramos reflexionar internamente sobre lo que significa lo ocurrido. Nos han dicho que no vale la pena que nos quedemos en la clínica a acompañar a Daniel durante la noche, pues no recuperará la conciencia hasta bien avanzado el día siguiente. Y hemos recibido del psiquiatra, que nos han descrito como una eminencia, un diagnóstico alarmante: la ausencia de medicación ha puesto a Daniel en un peligro gravísimo de «quedarse del otro lado». Esas palabras no pueden resultarme más aterradoras. Sí, hay un «otro lado» que no es la muerte sino la enajenación permanente. Pienso en esos seres de andar pesado, miradas perdidas y sonrisas bobaliconas que veía de pequeña en la clínica para enfermos mentales donde trabajaba una tía. ¿Podría Daniel algún día traspasar ese umbral, entrar al espeso bosque de la locura y perderse en él para siempre? El solo hecho de que la enfermedad haya vuelto a manifestarse, y de esta manera extrema, me sume ahora en un dolor estupefacto: sí, esto está pasando, nuestro hijo adorado ha perdido la razón de forma momentánea, su enfermedad es grave, estamos en una ciudad

extraña, afrontando una situación que jamás habríamos imaginado. Mi marido, sentado al borde de la cama, enfundado ya en su piyama, está llorando sin ruido. Yo me acerco, lo abrazo y también lloro. El sueño va a demorar mucho en llegarnos. Boca arriba, intercambiamos breves impresiones sobre los acontecimientos del día, repasamos los hechos del avión, tratamos de decidir qué haremos al llegar a Bogotá. Es necesario renunciar a los servicios de sus terapeutas actuales, que se han equivocado de manera rotunda o a los que tal vez Daniel ha logrado engañar, y buscar un médico que nos garantice un tratamiento adecuado. ¿Pero qué pasará con la universidad? ¿Cuándo podrá volver a estudiar? ¿A quiénes de la familia informaremos de lo que ha sucedido? Pues hasta ahora sólo mi hermano y nuestras hijas están enterados de lo que está sucediendo. Finalmente nos quedamos dormidos, pero sólo por unas pocas horas, pues la ansiedad nos despierta antes del primer resplandor del día. El ulular de un ave desconocida se repite de forma monocorde, atosigante. ¿Algún búho? Son las cuculís o «tórtolas melódicas», nos aclaran al día siguiente, pájaros que habitan desde siempre la ciudad. Durante los tres días que permanecemos en Lima nos despierta su canto lúgubre, que a mí me causa escalofrío porque pareciera contener un atroz presagio.

El médico nos ha prevenido, con delicadeza, desde el día anterior: la medicación que se le ha aplicado a Daniel es tan fuerte que es posible que nos impresionemos al verlo, incluso que no reconozcamos en él a nuestro hijo. Yo le pido, con voz tensa por el pánico, que se explique. *Es posible que su cabeza cuelgue sin fuerza sobre su pecho* , nos dice, *que tenga la mirada extraviada, que babee, que tenga tics* . Esta mañana, pues, al entrar a su cuarto, estoy temblando. Pero inmediatamente respiro con alivio: Daniel ha sido recostado sobre un montón de almohadas, y nos mira con su cara de siempre, aunque más pálida, con signos de gran agotamiento. Nos acercamos con suavidad, esforzándonos en parecer tranquilos, pero con una expectativa que sin duda modifica nuestra expresión.

Lo saludo apretándole la mano.

—Hola, ma —me dice.

Su saludo no es el de alguien enfermo, y eso me reconforta. Sin embargo se nota incómodo. Mi marido le pregunta cómo va, qué tal fue su noche.

—En foco total.

Es su manera de decir que ha dormido profundamente. Nos mira, inquieto.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué pasó?

Intento que mi voz tenga un tono liviano, que disminuya su posible aprensión.

—Por lo del avión, Dani, ¿te acuerdas?

—¿Lo del avión?

¿Qué puedo explicarle? ¿Cómo decirle que sufrió un ataque de locura, que se desconectó de la realidad, que hizo un escándalo que asustó a los pasajeros? Pero antes de que yo diga algo él recuerda:

—Ay, sí, lo del avión. ¿Me volví loco, cierto, mamá?

—Más o menos, Dani. No sé si loco, pero sí estabas raro.

—Ay, mami, qué pena con los pasajeros.

Daniel está sonriendo, y yo también sonrío y lo tranquilizo. *No fue nada muy grave* , le digo, tratando de no angustiarlo. *Sólo un momento de confusión que ya está siendo atendido* . Me ha vuelto el alma al cuerpo: Daniel no se ha quedado «del otro lado». Cierra los ojos, y nosotros velamos su sueño, más tranquilos. Cuando despierta, un rato después, su pregunta hace que el corazón me suba a la garganta:

—Hola, papá, mamá, ¿por qué estoy aquí?

Repetimos la respuesta tratando de disimular el terror que hay ahora en nuestras miradas.

La salida de la clínica tiene sus complicaciones: la aerolínea exige una autorización de viaje firmada por el médico tratante, y este lleva día y medio sin aparecer. Son las ocho de la noche, nuestro viaje es hacia las diez de la mañana del día siguiente, y para ese momento ya deberíamos tener el documento listo. Con ayuda de una enfermera llevamos casi dos horas tratando de localizar por teléfono al psiquiatra, sin éxito. Finalmente aparece, casi al borde de las nueve. Irrumpe por el pasillo con paso decidido y semblante contrariado, explicando que tiene prisa, que su mujer lo está esperando afuera, en el automóvil. A juzgar por su atuendo van a una fiesta de gala o a una boda. Es extraña la escena: el médico, de finas maneras pero nula simpatía, vestido con un esmoquin impecable que lo hace ver más rubio, más alto y apuesto que con su bata blanca, garabateando una fórmula y firmando la autorización al pie de la cama de Daniel, que, en piyama, y por lo visto ya en plena recuperación de la razón, sonríe con esa cordialidad suya de chico bien educado.

Al día siguiente, pues, abordamos de nuevo el avión de Taca, hasta donde Daniel llega, siguiendo el protocolo, en silla de ruedas. Cómo no estar ansiosos, cómo no recordar con un escalofrío las cinco horas de horror que vivimos hace tan poco. Pero durante el vuelo Daniel se dedica a ojear una revista que ha comprado en el aeropuerto, a ver una película, a dormitar. Ha recobrado totalmente la normalidad, y sólo se ve un poco más flaco, cansado, taciturno. Este episodio debe significar para él la más rotunda y trágica constatación: no es como los otros, la locura en forma de alucinaciones paranoicas es una amenaza en su vida.

El trato que hemos hecho con el psiquiatra peruano es que llevaremos directamente a Daniel a una clínica para que verifiquen cuál es su estado y hagan seguimiento del mismo por el tiempo que sea necesario, de modo que

hemos contactado a un médico nuevo, el doctor E —que terminará siendo su terapeuta en los siguientes cuatro años—, el cual nos recomienda una clínica de reposo a la que debemos llevarlo. Sin embargo, nos hemos encargado de que en la ambulancia que nos espera en el aeropuerto esté su antigua psicóloga, aquella que en varias ocasiones nos tranquilizó diciéndonos que Daniel se sobreactuaba como una forma de manipularnos. No lo hacemos porque todavía creamos en ella, ni tampoco para demostrarle la gravedad de lo ocurrido, sino porque a Daniel una figura familiar puede tranquilizarlo en esas circunstancias.

El vestíbulo de la clínica es grande y relativamente acogedor. Daniel responde las preguntas de las médicas residentes de la manera más amable, con ese ligero embarazo que esos tránsitos de internamiento en un centro de salud nos ocasionan a casi todos.

Mientras mi marido hace la tramitología yo corro a nuestra casa, la misma que abandonamos hace cinco semanas. Al entrar, me resultan abrumadores el silencio que me rodea y la atmósfera de la habitación de Daniel, que ahora se me antoja desolada a pesar de las coloridas máscaras en las paredes y de los anaqueles repletos de libros que parecieran resaltar su ausencia. Mientras meto en una maleta elementos básicos, una piyama limpia, ropa interior, medias, una muda de ropa, un buen suéter, siento que algo definitivo está pasando en nuestras vidas.

Una vez terminados los trámites, transitamos con Daniel y una enfermera por largos corredores rodeados de jardines. Los espacios abiertos, las marquesinas, los árboles y los prados con bancas para los pacientes nos dan una buena impresión, así como el cuarto, de una austeridad carcelaria pero confortable y muy limpio. Ahora le darán un refrigerio, lo pondrán a dormir un rato, y el médico vendrá al final de la tarde y dirá en qué medida debe integrarse Daniel a las rutinas de los otros enfermos. A estos los he observado discretamente cuando entraba: casi toda gente muy joven, departiendo en grupos pequeños, y una que otra persona mayor, que deambula por ahí o lee un libro en una sala de estar o al aire libre. Una mujer vestida con colores chillones le lee la biblia al que debe ser su hijo, un adolescente pálido, con la piel marcada por cicatrices de acné y un pelo negro y ralo que le da un aire extraño, de enfermo terminal. Algunos médicos y enfermeras entran y salen de los grandes bloques de ladrillo, vestidos con sus batas blancas.

La más terrorífica de mis pesadillas se está cumpliendo: Daniel será encerrado en una clínica para enfermos mentales. Él, perfectamente consciente de lo que esto significa, hace comentarios irónicos. Cuando le digo que si quiere que le traiga telas y su estuche de óleos responde, con humor negro, que bueno, que tratará de pintar al modo de Van Gogh. A la hora de salir le prometo que lo llamaremos en la noche, y que a la mañana siguiente vendremos a visitarlo y le traeremos todo lo que considere necesario. Lo abrazamos, lo besamos en la cabeza y en la frente, y nos devolvemos hasta la salida por los mismos corredores, que ahora nos parecen eternos.

He estado esperando, ansiosa, que sean las ocho y media. Marco el teléfono y una voz seca contesta con el nombre de la clínica. Le explico que quiero hablar con mi hijo. La voz me pide que espere. La emoción me pone a

temblar. Hago un esfuerzo para contener las lágrimas. Anticipo ya el diálogo y afino mis antenas para tratar de descubrir en la voz de Daniel su estado de ánimo. Lo imagino caminando hacia el teléfono por los largos pasillos que ya conozco. Entonces la voz vuelve a aparecer al otro lado de la línea:

—Lo siento, señora. El paciente no tiene autorización para recibir llamadas.

Primero aparece el asombro, luego la rabia.

—Pero a mí me dijeron…

—Señora, sólo cumplo órdenes. Es lo que ordena el protocolo.

Insisto. Ahora mi voz suena desesperada. Mis explicaciones se atropellan, suenan torpes, ingenuas.

—Es que mi hijo está esperando esa llamada, por favor. Va a creer que lo abandonamos.

La voz no vacila. La impavidez que hay en ella me hace pensar que ha repetido estas mismas frases en otras ocasiones. Comprendo que hablo con un muro y cuelgo, desolada. Son sólo horas, me digo, las que nos separan de Daniel. Mañana después de mediodía podremos verlo, como me ha dicho la enfermera. Para calmar la ansiedad lleno la pequeña maleta con esmero, añadiendo las cosas que he comprado en la tarde para halagarlo: chocolates, un cuaderno de notas, medias nuevas. Y me echo a dormir temprano, ayudada por un calmante.

La enfermera que nos recibe al día siguiente examina un cuaderno enorme que contiene las instrucciones que han dado los médicos para cada paciente. Nos echa enseguida una mirada que quiere ser bondadosa, frunce los labios.

—Qué pena, don Daniel no tiene autorizadas visitas.

—¿Qué?

—En los primeros quince días los pacientes no pueden recibir visitas. Y él apenas ingresó ayer.

Rafael tiene que calmarme. No grito, pero debo contenerme para no hacer una escena violenta. Pregunto una y otra vez quién nos advirtió eso y cuándo.

—La señora tuvo que haber firmado un papel.

La enfermera y el guardia intercambian miradas, levantan las cejas. Debo parecer una paciente más, víctima de un ataque de ansiedad.

—Yo no he firmado nada.

—No hemos firmado nada —me secunda mi marido.

Pedimos ver al director de la clínica. Él no puede atendernos, pero van a llamar a la enfermera jefe. Y si queremos, mientras tanto, le pueden llevar la maleta al paciente.

Pero yo no voy a soltar esa maleta que amorosamente quiero abrir allí adentro, cuando esté con mi hijo, cuando pueda preguntarle cómo durmió anoche y cómo se siente hoy, y cuando pueda explicarle que todo fue un malentendido, o le proponga que se venga con nosotros, a otra clínica, o a nuestra casa, donde lo cuidaremos con cariño.

La enfermera jefe nos dice con voz tensa que ese es el reglamento, que el único que podría romper las reglas y autorizar visitas antes de quince días es el médico, y que él está con Daniel en ese preciso momento. Yo hablo de secuestro, de derechos, de leyes. Finalmente, vencidos, nos sentamos a esperar.

Esto nos cuenta Nabokov en su cuento «Signos y símbolos»:

Era ya más de medianoche cuando, desde la sala, oyó gemir a su marido; y al instante entró tambaleándose, con el viejo abrigo de cuello de astracán que prefería a su lindo albornoz azul, puesto sobre su bata.

—No puedo dormir —se quejó.

—¿Por qué? —le preguntó ella— ¿Por qué no puedes dormir? Estabas cansado.

—No puedo dormir porque me estoy muriendo —dijo, y se recostó en el sofá.

—¿Es el estómago? ¿Quieres que llame al doctor Solov?

—Nada de doctores, nada de doctores —gimió—. ¡Al diablo con los doctores! Tenemos que sacarlo de allá de inmediato. De otra manera seremos responsables de lo que le pase. ¡Responsables! —repitió, y se sentó de repente, con ambos pies sobre el suelo, mientras se golpeaba la frente con el puño apretado.

—Está bien —dijo ella con suavidad—, mañana por la mañana lo traeremos a casa.

—Quiero un té —dijo su marido, y se fue al baño.

[…]

Volvió entusiasmado y dijo con voz resonante:

—Lo tengo todo planeado. Le cederemos el dormitorio. Cada uno de nosotros pasará media noche con él y la otra media en este sofá. Por turnos. Haremos que el doctor lo vea al menos dos veces por semana. No importa lo que diga El príncipe. Además no dirá mucho porque le saldrá más barato.

[…]

Lo irían a buscar apenas amaneciera. Tendrían que guardar los cuchillos en un cajón con llave. Incluso en sus peores momentos él no representaba ningún peligro para otra gente.

El mismo día de nuestra visita a la clínica Daniel regresa con nosotros a la casa. No lo hemos tenido que retirar a la fuerza, ofendidos y enojados, como en algún momento fantaseé, sino que el médico, después de una hora de entrevista con él, ha decidido que su estado le permite reincorporarse al mundo de una manera relativamente normal.

—¿Quiere decir que Daniel puede regresar a la universidad?

—Claro que sí.

—Pero el semestre comienza en una semana.

—En una semana puede volver a estudiar sin problema. Eso sí, durante estos días no deben perderlo de vista. Mejor que no salga mucho. Existe riesgo de suicidio.

El médico es un hombre de ademanes severos y palabra grave y escasa. Un psiquiatra de formación psicoanalítica, que exige un tratamiento en el que se combinan medicación y terapia semanal. Nos alarga una tarjeta con la dirección de su consultorio y la fecha de la próxima cita, dos días más tarde, y nos despide con un apretón de manos.

—Daniel…

La puerta de su cuarto ha vuelto a cerrarse, como todos los días desde su adolescencia, pero esta vez con llave.

Nadie contesta. Insisto, tocando con suavidad, como siempre que necesito entrar. Me pregunto, ya con el corazón ligeramente acelerado, si estará dormido.

—Dani, Daniel…

Mi marido se ha acercado con sigilo, y me mira con ojos asustados. Habrá que buscar las llaves. Dios. ¿Dónde pueden estar las llaves?

Toda suerte de fantasías me persiguen, apoyadas en las palabras del psiquiatra. Qué tal. Entonces Daniel abre con brusquedad la puerta, y nos mira, extrañado. Pareciera preguntarse qué hacen este par de locos en piyama espiando fuera de su cuarto. Lleva la chaqueta puesta y las llaves del carro en la mano.

—¿Te vas?

—Sí, ¿por qué?

Un silencio.

—¿Adónde?

—Donde unos amigos.

Lo veo bajar las escaleras, con una rigidez en el cuerpo que me conmueve.

—Dani, ¿no sería mejor…?

Pero él se niega, minimiza nuestra preocupación. De nada valdrá intentar una consulta telefónica con el psiquiatra. Como ortodoxo que es, sólo acepta hablar con el paciente. Así nos lo ha dicho. Sin excepciones.

¿Quién puede detener a un hombre de veintitrés años, así sea dos días después de que ha salido de una clínica de reposo?

¿Quién puede detener a un hombre, de cualquier edad —reflexiono ahora— cuando ha decidido terminar con su vida?

Cuando a sus veinte años Daniel empezó a tener comportamientos extraños, algunos amigos lo abandonaron, cediendo al primitivo miedo que nos causa la locura. Su gran pérdida fue una de sus mejores amigas, que le cerró las puertas de su casa de manera definitiva. (Luego la veré muchas veces pasar a lo lejos, una muchacha dorada, espléndida, y siempre se me encogerá el corazón). Desde entonces, teniendo ya conciencia de que es una realidad insoslayable, convierte la enfermedad en el gran secreto de su vida: el temor al estigma es desde entonces un miedo más. Solidarios con él, nosotros también callamos.

Pero él no va a dejar que los monstruos lo venzan. De la mano de su psiquiatra fortalece su sociabilidad, se reafirma en sus afectos, descubre que tiene éxito con las mujeres y con los amigos. Asiste a los compromisos sociales, a las fiestas, a su trabajo, y en todas partes se comporta de manera afable, participativa. Sus modales son suaves, lo mismo que su voz. Seré normal, parece ser su consigna. O tal vez: pareceré normal.

¿Qué pasa mientras tanto en su mente?

No sé qué visiones perseguían a Daniel. Sé por alguna novia que a medianoche despertaba muchas veces aterrorizado, daba un salto, y salía de la habitación para regresar al rato. Que más de una vez oyó voces, algunas de hombres que venían a atacarlo. Que en sus crisis, según le confesó a su psiquiatra, una de esas voces le decía al oído: «mátese, mátese». Que por temporadas sentía que era vigilado, censurado, perseguido. Que veía señales en las cosas minúsculas.

¿Y el miedo a la locura? ¿Y el miedo al fracaso en su arte? ¿Y el miedo a la soledad, a la falta de amor, al abandono?

Eres distinto, peligrosamente distinto, debía decirle su adolorida conciencia.

Distinto era también el insecto en que se convirtió Gregorio Samsa, y por eso, agobiado por la culpa de avergonzar a su familia, se recluyó en su cuarto, lejos de la mirada de su hermana, que era su gran amor, para no asustarla.

En efecto, no eres como los otros. Los mensajes que tus cientos de neurotransmisores deben conducir a cada una de tus neuronas cerebrales, que son millones, te llegan en forma distorsionada porque las sinapsis, sus imperceptibles membranas, no están cumpliendo su función. Quizá tu dopamina sea excesiva, quizá falle tu dosis de serotonina, o tal vez no haya equilibrio entre estas nobles damas y la norepinefrina. ¿Cómo voy a saberlo, si la fuerza reguladora de tus emociones y tus reacciones está ubicada en un punto escondido, cerca de la base de tu cerebro? Por eso ves que el piso se ondula, que el ojo de tu maestro crece de manera descontrolada, que la ventana se te acerca. Por eso oyes dentro de ti un llanto que no cesa, o que alguien respira sobre tu nuca. Por eso tienes miedo, ganas de encerrarte, de huir de los pasos que taladran tu oído. Por eso ves la parte y no el conjunto, por eso has olvidado todo ahora que has terminado de leer.

Pero la ciencia no te abandona. Abre la boca, cierra los ojos. Siente sobre tu lengua la pequeña gragea que hará el milagro. Es el siglo XX o el XXI, ten fe. ¿Risperidona, haloperidol, clorpromazina, olanzapina, aripiprazol? El nombre no debe importarte. Te basta con saber que es un antipsicótico, un producto de última generación. Es verdad que puede no servirte, incluso que puede excitarte aún más, hacer que te arrojes al vacío, pero en la mayoría de los casos funciona, puedes estar seguro. Te atontará un poco, sí, y es posible que te den mareos al levantarte. Por eso ve con cuidado. Quizá te sientas lento, lejano, desasido del mundo, indiferente; quizá te dé sed, te ponga a salivar, te vuelva rígido. Tal vez tiembles, tengas tics, dolores en las piernas y en los brazos. O te vuelva impotente. Y eso sí, buena parte del tiempo te sentirás soñoliento. De eso se trata. De aniquilar tus excesos de dopamina, de adormecer un tanto tu cerebro, de matar esos malditos demonios. Si te dieran convulsiones, llámanos. O si tienes mirada borrosa o dificultad para tragar. Si tomaras durante mucho tiempo podría darte acatisia, mira qué nombre. Eso quiere decir que tu cuerpo querrá estar en permanente movimiento, desasosegado. O por el contrario, podrías sentirte de piedra, como una bella estatua condenada al reposo. Tu capacidad de comprender puede ralentizarse, tu conversación puede volverse pesada. Pero todo esto es por tu bien. Para que en tu cabeza los pensamientos no giren de esa manera vertiginosa, no te rapten y te alejen, no estallen dentro de ti y desintegren tu yo.

No podrán curarte, eso no. Pero ya no te hacemos la lobotomía. Ya no te ponemos electrochoques ni te amarramos dentro de una camisa de fuerza, ni te bañamos con agua fría ni te arrancamos los dientes. Como ya dije, estos son los maravillosos avances del siglo XXI.

Las compañías prestadoras de salud autorizan un máximo de treinta consultas psiquiátricas individuales por paciente al año, cada una de máximo cuarenta minutos. Eso no sirve a un paciente con una enfermedad grave que queremos

sacar adelante. Se debe acudir a consultas privadas.

Entonces los parientes o el mismo enfermo deben alistar el bolsillo. Cuatro sesiones de análisis de cincuenta minutos al mes más los medicamentos equivalen en este país a un sueldo mínimo y medio: 50 % más de lo que gana un obrero de construcción durante un mes, 15 % más que el sueldo de una recepcionista. La tercera parte de lo que gana un maestro en una escuela pública.

Del 2006 al 2010 Daniel asistió cada semana, con disciplina rigurosa y fe absoluta, al consultorio de su psiquiatra. Mientras tanto se graduó en Artes Plásticas, hizo una especialización en Arquitectura, ingresó como profesor de Artes a un colegio, viajó a París a hacer un curso de vacaciones, presentó el GRE e hizo solicitud de ingreso en cinco universidades de Estados Unidos. La Navidad y el Año Nuevo de 2010 los pasó en Holanda, con Laura P., su mejor amiga, y desde allí viajó con ella a Praga, a Berlín y a Lisboa. A Bogotá regresó el 16 de enero. La descripción de su viaje, demasiado locuaz, emotiva e hiperbólica para un muchacho callado como era él, me puso alerta. El 18, día de mi cumpleaños, mientras celebraba con mi marido en un restaurante, una llamada de mi hija confirmó mis sospechas: Daniel estaba fantaseando con que lo iban a echar del colegio donde trabajaba por haber expuesto sin autorización de sus jefes una pintura en una galería de arte. Hasta ahí llegó la cena. Volvimos a casa con la garganta oprimida por la angustia, y encontramos a un Daniel ansioso, que a veces aceptaba su delirio y a veces se empecinaba en él. Cuando le pregunté —pues ya sabía de estudios que muestran que un porcentaje altísimo de enfermos abandona en cierto momento la medicación— si se había dejado de tomar la droga, él, que jamás mentía, aceptó que había prescindido de ella desde hacía tres meses. *También me la dejé de tomar mientras estaba en París* , me confesó, *y jamás fui tan feliz* .

Esa misma noche se puso en contacto con su psiquiatra. Este le aconsejó no ir al trabajo y pactaron una cita para el día siguiente. Por eso nos sorprendió oír la ducha muy temprano en la mañana. No hubo nada que hacer: Daniel salió muy temprano, manejando, rumbo a sus clases.

¿Cómo puedes vivir cada segundo sabiendo que tu hijo está iniciando un episodio de paranoia, quizá un estado psicótico, y que no puedes hacer realmente nada porque hay en todo una cierta apariencia de normalidad que no te autoriza a tomar medidas drásticas? A las seis de la tarde Daniel llegó de la consulta médica con semblante sombrío y con una caja de un medicamento nuevo que debía empezar a tomar. Le pregunté con delicadeza cómo se sentía, y por la respuesta me di cuenta de que nada había cambiado desde el día anterior: aunque leve, la sensación de amenaza persistía en él. Para animarlo me ofrecí a hacerle un masaje. Traje un enorme frasco de aceite color ámbar y una toalla e hice con mis manos lo mejor que pude: pasé mis dedos por sus hombros, su nuca, su cabeza. Escarbé entre su pelo, acaricié los lóbulos de sus orejas como había visto que hacían los masajistas. Daniel, sonriente, volvió a ser un niño entre mis manos.

Lo dejé así, relajado y en piyama, comiendo frente al televisor. Veinte minutos después una corazonada me hizo devolverme a su cuarto. Me bastó un cruce

de miradas para comprender. Pregunté, y Daniel, con expresión ansiosa, levantó frente a mis ojos la caja de los antipsicóticos completamente vacía. Fui firme cuando lo conminé a que nos fuéramos a la clínica. ¿Qué haría ahora? ¿Se enfrentaría conmigo, saldría corriendo, intentaría saltar por la ventana? No, nada de eso. Su papá, que subía las escaleras, se encontró con un muchacho asustado, que se llevaba la mano al corazón. Ya en la clínica, Daniel entró en un estado letárgico. Viéndolo en la camilla de la sala de urgencias, en un sopor profundo, negros los labios por el tratamiento con carbón activado, pensé que así se vería a la hora de su muerte. Esta vez no fue, me dije, mientras observaba el monitor que medía sus signos vitales. Y no pude dejar de preguntarme cuándo.

III. La cuarta pared

Todo entender es un malentendido.

IMRE KERTÉSZ

El suicidio es una confesión de fracaso.

A. ÁLVAREZ

Jean Améry, seudónimo de Hans Mayer, quien se mató con una dosis de barbitúricos en la primavera de 1978, en Salzburgo, escribió en su hermoso libro Levantar la mano sobre uno mismo: «Cada vez que alguien muere por su propia mano o intenta morir, cae un velo que nadie volverá a levantar, que quizá, en el mejor de los casos, podrá ser iluminado con suficiente nitidez como para que el ojo reconozca sólo una imagen huidiza».

El texto es ambiguo pero podríamos hablar de un primer velo, el que cae frente a los ojos del suicida, velo que más bien me figuro como un telón oscuro y pesado que hace las veces de la palabra fin.

Pero hay otro velo, más leve pero sin duda también atrozmente perturbador: el que cae frente a los ojos de los padres o los hijos o el cónyuge o, en fin, frente a los dolientes del que se ha quitado la vida. A través de él sólo vemos sombras; y cuando, al aguzar la mirada, creemos estar ya enfocando una realidad precisa, esta cambia o se desvanece.

Como en la pérdida amorosa, después del suicidio de la persona querida la mente vuelve una y otra vez sobre el hecho mismo, siempre en vilo sobre un abismo de ansiedad y desconcierto. Porque en el corazón del suicidio, aun en los casos en que se deja una carta aclaratoria, hay siempre un misterio, un agujero negro de incertidumbre alrededor del cual, como mariposas enloquecidas, revolotean las preguntas.

Mi primera reacción después de la muerte de Daniel ha sido tratar de *comprender* . Los que están a mi lado, tal vez más sabiamente que yo, se contentan con aceptar. Así es. Fue. Sucedió. Fue la enfermedad, dicen. Pero yo sé que había algo más allá del trastorno: una lucidez suficiente como para querer morir. Quisiera poder saber —aunque no sé bien para qué— cuánto duró su vacilación, de qué magnitud fue su sufrimiento, qué opciones contempló, cuándo empezó a estrecharse el cerco.

Tratando de conocer qué pasaba en la cabeza de Daniel en sus últimos días, vamos en Nueva York donde la médica que lo atendió en el último mes. Es una mujer joven, de ademanes suaves, que nos recibe con evidente nerviosismo. Tiene miedo, tal vez, de enfrentarse a unos padres iracundos, a una demanda en el peor de los casos. Podría ser así, ya que allí mismo nos enteramos de que le aconsejó disminuir la dosis de su antipsicótico, aunque nunca pidió la historia clínica de su paciente ni sabía cuál era su diagnóstico. Para ella lo único extraño era que nuestro hijo tomara un medicamento tan delicado, cuando era «un muchacho bastante normal, con signos leves de paranoia, sí, pero ningún otro síntoma en verdad grave. Un chico preocupado por su futuro profesional, por las jovencitas de su entorno y por el amor, con inquietudes totalmente propias de su edad». Su suicidio la ha dejado pasmada, desconcertada.

Cuando constata que sólo está ante una pareja llena de congoja que trata de allegar datos sobre los últimos días de su hijo, se desarma. A partir de hechos que va sabiendo por nosotros mismos, nos explica que la llamada «tormenta

perfecta» que potencia el suicidio requiere tres factores: uno físico (en este caso la enfermedad), uno subjetivo (¿tal vez la sensación íntima de fracaso?) y uno social (quizá lo que A. Álvarez describe como «[…] la insufrible amenaza del examen público»). Unas semanas más adelante, en Bogotá, su médico nos habla de «la cuarta pared», esa que el suicida levanta frente a sus ojos para reafirmarse en su sensación de atrapamiento.

A partir de ahí, en un intento por comprender cómo se tejió la red de eventos que terminaron por lanzarlo a la muerte, trato de guiarme a través del laberinto aferrada al hilo de las últimas decisiones de Daniel. Y el rompecabezas se va armando ante mis ojos, aunque desde ya puedo anticipar que quedarán faltando algunas piezas.

Aquel 19 de enero de 2010 en que Daniel se tomó todos sus antipsicóticos, frente a su cuerpo inconsciente formulamos al psiquiatra la pregunta más ardua: ¿es posible, después de lo sucedido, que él se vaya a estudiar fuera de Colombia?

Hasta ese momento hemos sido testigos de su enorme y continuo esfuerzo por conseguir lo que sueña: hacer una maestría en una universidad de alto nivel en los Estados Unidos, como sus hermanas, como muchos de sus compañeros de colegio y de universidad. Lo hemos visto estudiar días, noches enteras, para presentar los exámenes de conocimientos, y luego enfrentarse a simulacros agotadores frente al computador, en completo aislamiento y sometido a las fuertes exigencias de tiempo que las pruebas le demandan. También lo hemos visto llenar formularios, recoger certificados, gestionar recomendaciones con sus profesores, escribir sesudos ensayos sobre temas específicos, armar de manera meticulosa su dossier de artista, atender entrevistas telefónicas en inglés, investigar sobre el currículo, posibilidades de vivienda, becas, préstamos. Durante meses este ha sido un tema fundamental en nuestras conversaciones. Irse. Especializarse. Quedarse a vivir en los Estados Unidos, en Nueva York, una ciudad plural, que tolera lo diverso, lo distinto, que no rotula ni señala.

Insistimos: después de este intento de quitarse la vida ¿podrá Daniel seguir persistiendo en su sueño? ¿Podremos nosotros tener un mínimo de tranquilidad cuando viva lejos?

Estamos pendientes de la respuesta de este hombre al que estamos agradecidos, al que perdonamos su frialdad y su distancia.

—Claro que sí —dice—, Daniel será totalmente capaz.

Cada vez que llegaba una carta de aceptación de una universidad —y llegaron cuatro— había en la casa una pequeña celebración. También la hubo el día que le anunciaron que un préstamo le había sido concedido. Sí, Daniel será capaz, me decía cada noche a la hora de dormirme, pero sintiendo una opresión en el pecho. Él no me ocultó su miedo. Anticipaba las dificultades cotidianas, la precariedad en que tendría que vivir, las altísimas exigencias académicas, el rigor del invierno. Sin decirnos nada se inscribió en un curso de cocina, al que asistía en las noches, después del trabajo, y en las mañanas de los sábados. Verlo llegar rendido pero satisfecho de haber aprendido a

hacer un pescado o una ensalada no dejaba de conmoverme. Así es él, pensaba enternecida, estricto, perfeccionista, siempre adulto, desde que siendo un chiquitín de cinco años dejaba su uniforme extendido sobre la silla. Entonces, dolida ya de antemano por la separación, le pasaba la mano por el pelo, le rozaba la mejilla. Y cuando el día del viaje fue ya próximo, nos dimos a la difícil tarea de escoger lo que llevaría en sus maletas. Para el verano, para el otoño, para el invierno. Por si acaso una corbata y un traje formal. Calzoncillos nuevos y botar los viejos. No más de seis pantalones. Dos pares de tenis, unas botas, los zapatos negros, las pantuflas peludas. ¿Y esta chaqueta? Muy pesada. Pero el otoño. Lleva el cortavientos. Y libros: hay que escoger. No más de diez, los fundamentales.

Ay, Dani: ya sé que a esta casa no volverás. Y mejor no vuelvas en años a este país de incertidumbres, allá todo será más fácil .

Pero esto sólo eran pensamientos secretos, porque al lado de su ilusión podía ver cómo el temor lo hacía palidecer de repente. *Serás feliz. Tendrás todos los museos a tu disposición. Quizá hasta te cases por allá. Pero no olvides que jamás puedes dejar de tomar tu medicación* .

Unas dos semanas antes del viaje revivo la idea de que Óscar Monsalve, el amigo fotógrafo que ha hecho mis retratos a la hora de publicar mis libros, le haga a Daniel unas buenas fotografías. Quiero tener imágenes suyas que no sean las muy regulares de nuestros viajes de vacaciones o de nuestras fiestas familiares. Cuando le comento mi plan, Daniel sonríe, entre extrañado y complacido. Pero Óscar no contesta ni en su casa, ni en su estudio ni tampoco mis correos electrónicos. Los días van pasando y yo me resigno, pensando que quizá estará de viaje en Tanzania o Mozambique. Después de la muerte de Daniel me entero de que Óscar, que ha aparecido para darme sus condolencias, simplemente ha cambiado sus teléfonos y su correo electrónico, en desdichada coincidencia. Será él el que me haga unos meses más tarde el registro gráfico de su obra para el libro que preparo en conmemoración del primer aniversario de su muerte.

Y ahí estamos ya, en Nueva York, tres madres, comprando un escritorio en Ikea, un tapete porque el del cuarto está lleno de manchas asquerosas, una lamparita, una aspiradora de mano, mientras Daniel va el lunes al coctel de bienvenida en Columbia, y el martes a la inducción, y a sus primeras clases el miércoles. Todas mujeres y sólo tres hombres, nos anuncia, con una sonrisa. *Qué raro. Mejor, Daniel, así serás un consentido como lo fuiste en París* .

Llega el momento de la despedida. Estoy enseñada a su frialdad a la hora de despedirse, como si temiera que un abrazo lo derrumbara. Pero esta vez siento todo su cuerpo temblar contra mi cuerpo, como si fuera a echarse a llorar. *Disfruta, lindo, esta ciudad maravillosa. Disfruta el verano. Y no estudies más de lo necesario* .

Al regreso, Daniel se convierte en un vacío en mi estómago, en desasosiego, en nostalgia. Escribo, entonces, un poema, que va a resultar tan premonitorio que luego será leído el día de su funeral. Lo titulo «Desgarradura»:

Otra vez sales de mí, pequeño, mi sufriente.

Otra vez miras todo con mirada reciente,

y llenas tus pulmones con el aire gozoso.

Ya no lloras.

El mundo, de momento, no te duele.

Todo es tibio esta vez, caricia pura,

como una prolongada primavera.

Ignoras

mi útero vacío, mi sangrado.

Desconoces

que el grito de dolor de parturienta

va hacia adentro y se asfixia, sofocado,

para que no trastorne

el silencio que ronda por la casa

como una mosca azul resplandeciente.

Mis manos ya no pueden cobijarte.

Sólo decirte adiós como en los días

en que al girar, ansioso, tu cabeza,

mi sonrisa se abría detrás de la ventana

para encender la tuya. Cuando todo

era sencillo transcurrir, no herida,

ni entraña expuesta, ni desgarradura.

Es un poema que hace parte de mi libro Explicaciones no pedidas. Meses después, cuando sale a la luz —ya Daniel ha muerto—, una amiga me hace notar que en otros de sus textos menciono a hombres que saltan desde su ventana.

En la literatura médica hay un dato que todos los especialistas repiten: el gran detonante de las enfermedades relacionadas con la esquizofrenia es el estrés. No tenía eso claro mientras Daniel vivía conmigo en Bogotá —los

médicos que lo trataron se negaron siempre a pasar de tres palabras con la familia— pero se me hace patente a raíz de una primera crisis en Nueva York.

Fue en octubre, dos meses y medio después de su llegada. Daniel cursa seis materias —una sola de las cuales es pintura— y, según nos informa Renata, un tiempo después se siente agobiado, no sólo por la enorme carga académica, sino porque empieza a comprender que se ha equivocado en su elección: Administración Artística. Fuimos varios los que, a la hora de presentarse a las universidades, pusimos en duda que esa fuera una decisión acertada. *¿Por qué, Daniel, si eres un artista, vas a estudiar eso?* , le decía yo y también algunos de sus profesores y amigos. Pero Daniel, según me explicó después el doctor E —quien siempre le insistió en que él era ante todo un pintor—, tenía buenas razones: a su mente perseguida por miedos y obsesiones no le convenía un futuro de días sin horario, que le ofrecieran la libertad propia de la vida de un artista, el cual se debe a su disciplina y debe optar por la soledad. *A mí me conviene la rutina, un jefe, un trabajo impuesto desde fuera, que me amarre a un ritmo, a unos deberes, a un proceso de concentración y no de divagación* , me dijo alguna vez. Pero además, uno de los terrores que lo obsesionaban era el de la escasez. *Ya nadie compra pintura, mamá* , me decía. *¿De qué voy a vivir?*

Qué difícil escapar a la ortodoxia, a los caminos trazados por una sociedad que determina cuáles son las formas del éxito. Transitamos casi siempre por vías estrechas, buscando una supuesta coherencia, asustados por el caos o el diletantismo. Como maestra que he sido durante treinta años, me ha tocado ver cómo muchos muchachos talentosos ingresan a hacer sus maestrías, sus doctorados, ¡sus posdoctorados! en Ciencias Humanas o en Arte, y pasan los diez años más bellos de su vida adquiriendo conocimientos y presentando pruebas, para después regresar a sus países tercermundistas a buscar desesperadamente un trabajo que les permita pagar la enorme deuda contraída por sus padres. Muchos de ellos sí ganan luego un pobre sueldo que apenas les permite sobrevivir. Aun así, lo que se me ocurría era alentar a Daniel a estudiar Artes, a secas.

¡Y pensar que Chatterton se envenenó porque no podía ganarse la vida escribiendo, y que Van Gogh no vendió nunca sus pinturas, que eran consideradas extravagancias sin valor!

Apenas dos meses después de ingresar a la Universidad de Columbia, Daniel comprende que ha dado un paso en falso, pero no se atreve a echarse para atrás. Persistirá. Entonces todo su cuerpo reacciona: una gripa lo tira a la cama, lo enciende de fiebre, le llaga la garganta, los labios, el paladar, hasta el punto de no poder tragar. En una madrugada Renata debe llevarlo a urgencias. Apenas superado ese primer trance, Daniel mismo ve venir al Gran Monstruo. Alcanza a pedir auxilio, a acudir a los servicios psiquiátricos de la universidad, a decidir que debe abandonar las sesiones terapéuticas que durante la transición ha mantenido por internet con su médico en Bogotá para remplazarlas por las de un médico local. Entonces encuentra en Nueva York al doctor R, que de acuerdo con su psiquiatra en Bogotá le aplica un tratamiento de choque que aletargue las visiones paranoicas que empiezan a emerger en su cabeza. Daniel duerme profundamente. Durante tres días apenas se levanta al baño o a comer algo. Ahora también sabe que los

demonios lo persiguen en cualquier parte de la Tierra.

En octubre, el dilema de la familia es atroz: ¿debe Daniel regresar a casa? Yo opino que no es del caso que vuelva, acobardado, triste, vencido, después de una batalla de un año para llegar a donde está, a vivir como un hijo de familia, a ser maestro de adolescentes, a resignarse a no hacer un estudio de posgrado. Ni siquiera le planteamos esa posibilidad. Él —mucho después lo sabré por sus hermanas— contempla devolverse, hace cuentas de cuánto dinero le devolverían, pero no se atreve a tomar la decisión. Le sugiero, muy suavemente, que contemple un cambio de carrera, concentrado en el estudio del arte, pero él afirma, desafiante, que nunca volverá a pintar. Adivino que tiene rabia contra sí mismo.

Daniel pasa a ser tratado ahora, pues, por un nuevo terapeuta. Unos meses más tarde va a conseguir una novia. Parece bien, asiste a fiestas, a conciertos, a los museos. En Navidad su papá y yo vamos a verlo: lo liberamos del pollo frito y de las hamburguesas llevándolo a buenos restaurantes. Luce muy guapo con su nueva chaqueta de invierno. No lo sabemos, pero ha impreso unas tarjetas con un diseño suyo, lleno de sofisticación, que encontraremos en su clóset después de su muerte y que dicen:

El futuro parecía encerrar entonces una promesa. Cuando nos despedimos de él, con un abrazo y un beso, no sabemos que no volveremos a vernos.

¿Cómo va todo, Dani? La cara que veo detrás de la pantalla esboza una sonrisa que alegra por un momento su semblante desalentado: «Difícil, difícil». Algunas asignaturas son tremendamente áridas: leyes de Estados Unidos, mercadeo, contabilidad. *¿Contabilidad, Dani, qué es ese horror?* Sí, debe tomarla en otra facultad, posiblemente en Economía, con estudiantes muy adelantados. Renata, que revisa el inglés de sus trabajos, dice que desmejoran en forma notable. Me pregunto, con horror, si Daniel puede estar perdiendo capacidades cognitivas. Quizá era la droga, me explica el doctor E después de su muerte. Tal parece que su nuevo terapeuta no le regula periódicamente la dosis, como había sucedido siempre, sino que lo mantiene con una bastante alta.

Daniel se queja ante Renata —jamás ante nosotros— de sueño, de falta de concentración en la lectura. Aun así sus notas no son malas. Pero mientras cursa su segundo semestre ha aparecido una exigencia más: en el verano debe hacer una pasantía en un museo. Empieza a repartir hojas de vida, pequeños ensayos que deben justificar su aceptación en razón de sus intereses y sus conocimientos. MoMA, Guggenheim, Whitney, El Museo del Barrio. En febrero o marzo —no lo sé bien, la memoria siempre miente— termina de manera abrupta con su novia, como ha hecho con otras en ocasiones anteriores. Se ve —nos cuenta Pamela, su compañera de apartamento, semanas después de su muerte— apesadumbrado y silencioso. Llegan una, dos, tres cartas, negando la posibilidad de la pasantía. También debe presentar el tema de su trabajo final. Escoge hacerlo sobre el Museo Nacional de Colombia, su misión, sus objetivos. El terapeuta, que lo cita sólo cada quince días, le recomienda que le baje al estrés. Sugiere que haga la carrera en cinco semestres y no en cuatro. Daniel nos consulta sobre esa decisión, que trae consecuencias económicas considerables, y nosotros, conscientes de las implicaciones de un no, le decimos que por supuesto, que vaya tan lento como necesite. Pero la universidad lo hace desistir: es muy posible, le dicen, que migración no le renueve la visa y su esfuerzo de dos años quede totalmente en el aire. Entonces deberá tomar, además de su pasantía, si es que la consigue, tres cursos en el verano. Se inscribe. Y comienza a estudiar para los exámenes de fin de semestre. Contabilidad. Dura horas trabajando por internet con su papá, tratando de aclarar conceptos.

En una de nuestras conversaciones me cuenta que su psiquiatra, que últimamente ha venido llegando tarde a las sesiones, no acudió a la cita el día anterior. Muy afectado, ha resuelto no volver. Nos alarmamos y hablamos con Renata: ¡Por Dios, hay que conseguirle un remplazo! Ella nos cuenta días más tarde que el médico lo ha llamado varias veces para que regrese a terapia pero que él no le ha contestado las llamadas.

Dos semanas más tarde logra una cita con la doctora C, aquella que nunca tuvo en sus manos la historia clínica. Pareciera que todo ha vuelto a estar, relativamente, bajo control. Sin embargo, veinte días después, el jueves 12 de mayo, a mediodía, Daniel entra al examen de Contabilidad, examina las preguntas, se da cuenta de que no entiende nada, que está confundido, como si no tuviera lucidez, y en un rapto de impaciencia abandona el salón sin contestar las preguntas.

Son los hechos. Miro su linda tarjeta, diseñada por él: M.A. Candidate. El futuro ya no parecía prometer nada.

Ese mismo jueves 12, en la mañana, me habían llamado muy temprano de Casa de América de España a anunciarme que había ganado el Premio de Poesía Americana. Lo recibí en la amarga cama de mi convalecencia reciente, con una felicidad que atenuó mis dolores, y por supuesto los primeros en saberlo fueron mi marido y mis hijos, incluido Daniel. Fue a media tarde, por una llamada que recibí de Renata, que me enteré de que este había fallado en el examen de Contabilidad. Ese amargo contraste entre el éxito obtenido por mí y su fracaso me hizo doler el alma. Me esforcé, cuando logré comunicarme con él, en minimizar el hecho, en burlarme de la Contabilidad, en hacerle ver

que ni aun así iba a perder la materia. Volví a repetirle, con la intención de animarlo, que él era ante todo un artista, un pintor, un dibujante. Me oyó serio, seco, sin convicción: sin duda su perfeccionismo, las exigencias que se hacía a sí mismo, habían desatado en él una frustración profunda. Entonces, en un último esfuerzo por subirle el ánimo, le hice una propuesta que nacía de una iniciativa de Renata: que como los dos estaban cansados, fueran a hacerse un masaje en un spa por cuenta del premio. *Ve al mejor spa de Nueva York, que ahora soy rica* , le dije bromeando.

Esa misma noche Daniel fue a tomarse una cerveza con sus dos compañeros de apartamento. Pamela lo vio triste, desalentado, y le revolcó el pelo, le hizo bromas, le recordó que ese fracaso no era grave. Pero ya se ha desatado en Daniel la tormenta perfecta. A las once de la noche, una hora después de haberse encerrado cada uno en su cuarto, Daniel sale del suyo, toca a la puerta de Pamela y entra con una sonrisa, le da un fuerte abrazo y le dice *gracias por todo* con voz emocionada. Es una despedida.

Daniel y su hermana pasaron toda la tarde del viernes, primero en la piscina, luego en el sauna, y después cada uno recibiendo su masaje. Renata me cuenta que estuvieron hablando, con la mayor normalidad, de su posible pasantía, de los cursos de verano y de algunas otras cosas de su futuro. Pero que a la hora de la cena, hecha para recibir a Camila, que llegaba a Nueva York con siete meses de embarazo a tomar sus últimas vacaciones verdaderas antes de hacerse madre, lo vieron muy cansado y abstraído. A esa misma hora, cuando le pregunté por teléfono cómo había estado todo, Daniel se mostró muy satisfecho. Antes de colgar añadió *gracias, mamá, por el masaje* con una voz tan insólitamente llena de ternura que me puso al borde del llanto. Mi niño desvalido, pensé, tan injustamente tratado por la vida. La Vida que, según palabras de Kertész, no tiene nexo alguno con el sentido.

Améry usa, en vez de «fracaso», la palabra *échec* , un término francés que le parece el más preciso. Nos dice que el suicida mira hacia atrás, hace un balance, ve su pasado como algo infame, y «suma todos los fracasos de su existencia en el sentimiento del *échec* ».

El sábado, cuando recibí el aviso de que Daniel se estaba sintiendo mal y aceptaba ir a una clínica, recuerdo que se me arrugó el corazón y que después de darle la noticia a Rafael le dije, exactamente, estas palabras: *vamos a tener que ir pensando que Dani no va a acabar bien* . Faltaban apenas dos horas largas para su muerte. Entonces me senté en mi mullido sofá de siempre, donde paso muchas horas leyendo, y recordé un cuento de Raymond Carver, «Parece una tontería». Y algo dentro de mí produjo un pensamiento en apariencia absurdo: me va a llegar la cuenta del spa cuando Dani ya esté muerto.

En «Parece una tontería» Ann Weiss va a encargarle al pastelero una torta para su hijo Scotty, que al lunes siguiente va a estar de cumpleaños. Pero ese mismo lunes el niño es atropellado por un coche, y poco después pierde el conocimiento y es llevado al hospital. Cuando su padre vuelve a la casa después de horas de vigilia al lado de su cama, se encuentra con una llamada del pastelero: «Tenemos un pastel que no han recogido». El padre contesta que no sabe nada de un pastel. Esta llamada se va a repetir de una manera

cada vez más absurda y siniestra mientras los padres hacen turnos en el hospital: el pastelero, que ya no se identifica, ha decidido, por lo visto, hacer bromas macabras para tomarse una pequeña venganza. Finalmente el niño muere. El cuento termina cuando los desolados padres, después de adivinar quién es el canalla que les recuerda a Scotty en llamadas a horas insólitas, lo visitan en su pastelería en horas de la noche. Un final inquietante, desolador, poético.

¿Qué me hizo anticipar la muerte de Daniel de esa manera contundente, brutal? Algunos dirán que el vínculo entrañable, el nexo maternal que crea una comunicación que puede rebasar las fronteras de tiempo y espacio. (De hecho, alguna persona cercana, proclive al pensamiento mágico, me aconsejó, cuando me vio dolorida por el viaje de Daniel a Nueva York, que lo abrazara en la distancia, lo acariciara imaginariamente y lo consolara de sus posibles pesares. Y eso hice algunas veces, como los desesperados que en busca de los seres desaparecidos acuden a chamanes o a médiums). Creo, en cambio, que una empatía profunda con mi hijo me hizo saber que no resistiría otra crisis, que su cansancio después de ocho o tal vez más años de lucha era insuperable.

Daniel durmió la noche del viernes en el apartamento de un vecino y amigo de Renata que estaba de viaje. El sábado bajó temprano a desayunar y todos lo notaron abstraído, pero la explicación que dio era que estaba rendido de cansancio. Mientras mis hijas salieron a llevar a una clase de español a Miranda, mi nieta de tres años, él se duchó y salió a tomar el tren hacia su casa. Cuando Renata se enteró lo llamó, preocupada, y Daniel le dijo que no se sentía bien, pero que iba a descansar un rato y que hablaban en la tarde para ir al concierto. Mis hijas se angustiaron. A una segunda llamada de Camila, que le preguntó si quería que lo llevara al hospital, respondió que sí. Ya había llegado a su apartamento del Upper East Side. «Ya vamos por usted», le dijo Renata. De Brooklyn a Manhattan se demorarían mínimo cuarenta y cinco minutos. Fue entonces cuando me llamaron, cuando me enteré de que estaba mal, cuando dije que debíamos hacernos a la idea de que su final no iba a ser bueno. A las 12:45, por Skype, le escribí: «Daniel, ¿estás ahí? Lindo, no desesperes, ya van tus hermanas por ti». No podía saber que a esa hora, 1:45 de Nueva York, ya había saltado al vacío. Por lo visto, a Daniel no le alcanzaron mis abrazos.

¿Cuántas maneras hay de suicidarse? ¿Hay unas más dulces, más estéticas, más románticas que otras? Las hay repulsivas, como la del que se ahorca —que no tiene en cuenta al pobre miserable que descubrirá el cadáver—, o torturantes, como la del que se toma un veneno: Lugones, que ingirió whisky y arsénico para morir, tuvo tales convulsiones que el catre en el que yacía se desplazó de un lado a otro de la escueta habitación de hotel donde se alojaba. Las hay también absurdas y dolorosas a la vez, como la del que se autodegüella, o la del que muere dándose cabezazos contra las paredes de la celda. Y orgullosas y rodeadas de rituales, como la de Mishima, que se hizo el harakiri delante de la tropa japonesa. Y hay muertes dulces, según dicen, como la del que se hunde en la nieve y muere por congelación, o la del que enciende el motor de su automóvil en un recinto cerrado y muere por asfixia. El más aséptico de los suicidios es tal vez el del que ingiere una cantidad tal de somníferos que se hunde silenciosamente en una oscuridad sin orillas. Y el

más estético, aunque no menos atroz, el de aquel que entra en el agua con sus bolsillos llenos de piedras.

Uno de los autores que leo recuerda, no obstante, que a veces no se puede escoger cómo morir. Que el soldado usará su arma, y el médico el bisturí, y el farmaceuta una dosis de barbitúricos. La muerte de Daniel debió ser por impulso, pienso, pues para ser una persona tan delicada y pacífica el salto al vacío resulta muy violento. Pero también muy efectivo, sobre todo si se tiene el coraje de subir corriendo hasta un sexto piso y tomar impulso. El suyo es un suicidio drástico, que no apuesta ni por un momento a la supervivencia.

El examen forense reveló, dos meses después, que no había trazas de medicación en el cuerpo de Daniel. Comprendemos, pero no del todo. ¿Dejó Daniel de tomarse el antipsicótico como una medida práctica para vencer el sueño y el aletargamiento en la temporada de exámenes? ¿O lo hizo por rebeldía, para probarse, porque se sintió definitivamente derrotado, para tentar a la muerte? *Daniel alcanzó etapas completas de normalidad, de plenitud, de felicidad* , me dice el doctor E, la persona que tal vez mejor lo conocía. Pero al dejar la medicación sus pensamientos se disocian, se alteran. Vuelvo a Barnes: «Yo, o incluso YO, no produzco pensamientos; los pensamientos me producen a mí». En otras palabras, yo soy mi cabeza. Ahí reside la integridad de mi personalidad, lo que soy. Pero ahora mi personalidad está dividida. Estoy habitado por otro, y ese otro recuerda, desgraciadamente, al que en verdad soy. No puedo ser ni uno ni otro. Sin droga, no soy yo. Con droga, dejo de ser yo. Yo mismo soy la cuarta pared.

Es verdad que a veces me duelo de mí misma, que sucumbo a la autocompasión, pero el Gran Dolor que me agobia es el que nace cuando me pregunto cuánto sufriría Daniel a lo largo de sus últimos meses, pero sobre todo en sus últimas horas. Me pregunto si hubo una lucha dentro de mi hijo antes de tomar la decisión final. Es fácil pensar que en aquel mediodía alucinaba. *Estoy seguro de que fue un suicidio de los llamados de cortocircuito* , me dice el psiquiatra, *un suicidio por impulso* . Pero el suicida, por alienado que esté, no pierde totalmente la conciencia que lo hace humano. Y Daniel no sólo tuvo siempre un pie en la realidad y la lucidez, sino que, como dice A. Álvarez, «por impulsivo que sea el acto y confusos los motivos, cuando al fin una persona decide quitarse la vida ha alcanzado cierta claridad pasajera». Pienso en que el día anterior a su muerte, sumergido en la piscina, habló con Renata con la sensatez de una persona «normal». En que esa misma noche me dio aquellas gracias conmovidas. Pienso en el reloj, la billetera, el iPod y el teléfono puestos con cuidado sobre el escritorio, en su chaqueta colgada sobre el respaldo de la silla. Y trato de imaginarme los veinte o treinta minutos en que estuvo solo levantando la cuarta pared de su desesperanza.

¿De qué tamaño es el dolor del que se despide de sí mismo? Daniel amaba su cuerpo, lo cuidaba, lo llenaba de mimos, lo vestía con esmero. ¿Sintió dolor al saber que lo abandonaba, que *se* abandonaba para siempre? Pero Daniel también debía odiar aquel cuerpo que lo traicionaba, que lo agredía, que lo exponía al miedo, a la confusión, al delirio, y que de forma solapada lo hacía diferente a los otros, frente a los que se veía forzado a representar serenidad y cordura. Y muchas veces debió odiar la vida, esa que tanto amaba, por

haberlo escogido a él, precisamente a él, para sacrificarlo.

Ya no tendría que enfrentar responsabilidades agobiantes. Ya no tendría que guardar un secreto, ni sonreír de manera forzada, ni tendría que ser exitoso a pesar de sentirse lejos de todo o temeroso de todo, cansado, confundido, abatido por saber que estaba condenado para siempre. Ya no tendría…

Comprender de qué magnitud sería la liberación quizá le dio la paz momentánea y la fuerza para abandonarse y abandonar el mundo. Dicen que así como el dolor físico extremo puede hacer perder conciencia del espíritu, así el dolor espiritual puede hacer que olvidemos el sufrimiento del cuerpo.

Quiero pensar, como el médico, que Daniel no dio conscientemente esas batallas; quiero pensar, con Renata, que Daniel no saltó sino que voló en busca de su única posible libertad.

Por orgullo

por rabia

por miedo

por falta de fe en sí mismo

por valentía

por vergüenza

por cortesía con los demás

por enajenamiento

por desesperanza

por desencanto

por odio a sus propias elecciones

por frustración

por amor a la pintura

por odio a la pintura

por dignidad

por terror al fracaso

porque, como dice Salman Rushdie, «La vida debe vivirse hasta que no pueda vivirse más».

Todo suicidio encierra un mensaje para los que se dejan atrás. Los que lo quisimos no sabremos jamás hasta dónde cupimos en sus últimos pensamientos, ni qué palabra alcanzó a musitar para nosotros. Releo los chats en Skype: *mamá, no estés triste* , dice Daniel, cuando uso un emoticón para mostrarle mi preocupación porque le está empezando una crisis.

Yo lo amaba, lo cuidaba, de esa manera elemental y sin embargo entrañable en que las madres amamos y cuidamos a nuestros hijos: Dani, no bajes las escaleras en medias. Te encargué el libro por Amazon. Mejor no lleves el carro. Te traje vitaminas. Ponte bufanda, no sea que te resfríes. ¿Quieres un sánduche? No dejes de comer verduras. Si quieres yo te ayudo a revisar el trabajo. ¿Te hago un masaje?

Pero ningún amor es útil para aquel que ha decidido matarse. En el momento definitivo, el suicida sólo debe pensar en sí mismo para no perder la fuerza. Incluso, una de las razones para escoger ese final es que nuestro cariño le pese demasiado.

Llámenme para el concierto de la tarde . Esas palabras de Daniel me hacen saber que la vida fue una opción para él hasta el último momento: mayo y sus lluvias y el adiós al invierno y sus jardines florecidos. Y enseguida el verano, con su agitación en la calle, los conciertos, los viajes a la playa. (Sin embargo leo que, según las estadísticas, los suicidios más numerosos ocurren en mayo y junio, esos meses que parecieran ser los más vitales y alegres).

Pero en la pelea que dio la luz con las sombras, estas ganaron. Cuando mis hijas quisieron hacer el cruce que llevaba a su casa, hasta donde corrieron para salvarlo, se encontraron con la calle acordonada. Como siempre, todo en la vida es una cuestión de tiempos.

Dice Kertész que inmediatamente antes de morir, en la cara del que agoniza aflora «un repentino asombro. […] Entonces se entera de algo, de algo irreparable…». ¿Afloró en el rostro de Daniel ese repentino asombro? Como para aliviarlo, pero tal vez para aliviarme, hay días en que hago venir la imagen de mi hijo hasta donde yo estoy, para abrazarlo, darle un beso en la frente, acariciar su cabeza como hice cuantas veces pude, y decirle al oído que su opción fue legítima, que es mejor la muerte a una vida indigna atravesada por el terror de saber que el yo, que es todo lo que somos, está habitado por otro.

IV. El final

Hoy me acuerdo de tus manos

de tu risa y de tus ojos

que sé que fueron dos truenos

y ahora son dos cielos rotos.

Canción de cuna

(copla flamenca)

[…] Por favor

vuelve. Por favor, existe. Pero no ocurre nada…

MARY JO BANG

Vivir un duelo: una experiencia hasta ahora para mí desconocida. Se ha escrito y se ha estudiado tanto al respecto que pareciera que todo sentimiento o reacción está ya catalogado. Hay etapas, dicen los que saben, ciclos que el cerebro experimenta.

Tomo notas, me observo. Ahora sé que el dolor del alma se siente primero en el cuerpo. Que puede nacer de improviso, en forma de un repentino desaliento, de un aleteo en el estómago, de náusea, de temblor en las rodillas, de una sensación de ahogo en la garganta. O simplemente de lágrimas calientes que acuden sin llamarlas.

(Es sentimiento puro albergado en la amígdala —me dice mi terapeuta— que surge sin necesidad de pensamiento asociado).

Sé que en determinados momentos mi dolor me acerca a la locura. También hay brevísimos instantes de lucidez, de comprensión: no, Daniel no volverá *jamás* . Es como si esta palabra afectara una parte de mi cerebro, que hace que me abisme a un estado desconocido, imposible de describir con palabras exactas. Un estado similar a aquel que en mi niñez precipitó el descubrimiento del concepto de eternidad, y que cuajaba en mi mente en forma de metáfora: un mar negro, infinito, sin orillas, que me producía tal terror que sentía náuseas.

Sé también que podemos permanecer serenos ante la fotografía del ser que hemos perdido y unos minutos más tarde echarnos a llorar con el sabor de un plato que nos lo recuerda, o simplemente con el zumbido de una sierra en mitad de una tarde silenciosa. Que tememos olvidar la voz, el olor, quién sabe si el rostro.

Y que no hay un dolor más solitario. Escondo mis lágrimas, no por vergüenza de llorar en público, sino porque no quiero traspasar a mis padres, a mis hijas, a mi marido mis raptos dolorosos. Y porque ninguna palabra expresaría verdaderamente el sentimiento.

Pasan los días, las semanas, y nos sigue persiguiendo una sensación de incredulidad, de estupefacción. Renata tiene un pensamiento persistente: Daniel va a llegar hasta su puerta y le va a mostrar su desconcierto, entre enojado y triste, porque lo han despojado de su casa, de su ropa, de sus libros. ¿Quién se ha atrevido a hacer eso durante su ausencia?

Mientras hago un inventario de su obra para el libro que regalaremos a nuestros amigos el día de su aniversario, hay momentos en los que no sé si se trata de carboncillo, o grafito, o lápiz. Entonces se me ocurre que tengo que llamar a Daniel porque sólo él puede resolverme esa duda.

En mí persiste la sensación de que esta es una situación provisoria, circunstancial. Siento que *algo* está por suceder, que *algo* tiene que pasar. Y de pronto comprendo: lloro y nada pasa. Leo y nada pasa. Escribo y nada pasa.

No, eso que espero no va a pasar.

A una semana de su muerte, tengo un primer sueño: veo solamente la cara de Daniel, como en un *close up* , detrás de un vidrio. Está dormido. Le doy golpes al cristal, un poco para que se despierte, un poco como azotándole la cara, castigándolo. De repente el plano se abre y me doy cuenta de que lo que veo es un cuadro con su marco.

De las imágenes del sueño, muy obvio en su simbología, me impresiona ante todo la asepsia: la cara de Daniel tiene el color y la lozanía que tuvo en vida. Y el cristal no sólo lo separa de mí sino que lo protege. Esto tiene que ver, me digo al despertar, con que nunca vi los destrozos de su cuerpo ni constaté ninguno de los signos de la muerte. En mi memoria será bello, joven, dulce, para siempre.

En las semanas siguientes tengo otros dos sueños y en los dos hay agua. En uno lo veo en la ducha, oculto detrás de la cortina, que cuando descorro me permite verlo en un plano muy cercano, de los hombros y el rostro. Yo lo abrazo y le suplico: *Dani, no te me mueras* . Y él me mira con una cara triste, y recuesta su cabeza en mi hombro. Adivino su pensamiento: *mamá, no puedo hacer otra cosa* .

En el otro, llueve a cántaros. Daniel viene empapado, pero me alarga una sombrilla que trae cerrada, para que yo no vaya a mojarme.

Casi un año y medio después, hay un cuarto sueño, y en él vuelve la imagen del agua: Daniel está durmiendo provisionalmente en nuestra casa, en una habitación pequeñita. De pronto dice que va a salir. Yo le hago notar que afuera han empezado a oírse truenos, que se viene una tormenta. Pero él parece decidido a irse. Yo argumento, ansiosa, como esas madres que saben de antemano que sus consejos serán desatendidos: no tienes que irte, esta es tu casa, Dani. Pero Dani ya se ha ido.

Después del la muerte de Daniel, cuando mi amigo el escritor Antonio García sabe que estoy escribiendo este libro me regala El acontecimiento, un descarnado y bello libro de Annie Ernaux. En él leo esto que ahora inserto: «Es posible que un relato como este provoque irritación o repulsión, o que sea tachado de mal gusto. El hecho de haber vivido algo, sea lo que sea, da el derecho imprescriptible de escribir sobre ello. No existe una verdad inferior».

Da el derecho, sí. Pero me pregunto por qué lo hago.

Quizá porque un libro se escribe sobre todo para hacerse preguntas.

Porque narrar equivale a distanciar, a dar perspectiva y sentido.

Porque contando mi historia tal vez cuento muchas otras.

Porque a pesar de todo, de mi confusión y mi desaliento, todavía tengo fe en las palabras.

Porque aunque envidio a los que pueden hacer literatura con dramas ajenos, yo sólo puedo alimentarme de mis propias entrañas.

Pero sobre todo porque, como escribe Millás, «la escritura abre y cauteriza al mismo tiempo las heridas».

«Los muertos sólo tienen la fuerza que los vivos les dan, y si se la retiran…», dice Javier Marías. Tratando de preservar a Daniel de una muerte definitiva, me doy a examinar su obra, a clasificarla. Encuentro, organizado de manera impecable, un fólder que dice: «Dibujos de chiquito». Están ahí los trabajos infantiles que yo guardé alguna vez, y de los cuales no me acordaba. También obras de la primera adolescencia. Hay óleos, dibujos, grabados, no menos de doscientas piezas. Selecciono unos cuantos, los mejores, y le pido a mi amigo Óscar Monsalve, fotógrafo de obras de arte, que me haga un archivo, adelantándome a lo que será inevitable: la repartición de su pequeño legado. Con Camila hacemos un blog que muestra una veintena de lo mejor de su obra[*] . Y escribo, escribo, escribo este libro, tratando de cambiar mi relación con el Daniel que ha muerto, por otro, un Daniel reencontrado en paz.

«Los muertos sólo tienen la fuerza que los vivos les dan…»

Llevo a mis papás al parque, a dar una vuelta, a tomarse un té. Ya van llegando a los noventa años, han perdido a su único nieto varón, están tristes. Mi papá se mueve lento, con esos pasos cortos y vacilantes de los viejos que han perdido reflejos. Oye mal. Mi mamá es más ágil, pero su memoria se ha deteriorado y sufre por eso. La suya es ahora una vida de voluntarias renuncias: ningún viaje, poquísima vida social, comidas bajas en sal, pocas grasas. Médicos, rutina, pocos estímulos. La muerte, para ellos, es algo muy cercano en su horizonte, que los pone inquietos al más mínimo síntoma. Puedo imaginarme los pensamientos que los rondan antes de dormirse, los que los asaltan cada mañana, o cuando sienten un mareo, un dolor, una picada en la cabeza. Quizá abran mucho los ojos en esos momentos, como aquel anciano que encontré en la sala de espera del psiquiatra que consulto y que me pregunta, con evidente ansiedad, si yo también estoy en terapia. Le digo que sí, aunque en ese instante no sea exacto. *¿Y le sirve, siente mejoría?* En sus ojos puedo ver una remota esperanza. *Claro que sí* , le contesto, porque sé que es lo que necesita oír.

Siempre supe que Daniel moriría en forma temprana, aunque nunca supuse que tanto. Pienso, tal vez buscando consuelo, en aquellos que han muerto jóvenes: Keats a los veinticinco, Sylvia Plath a los treinta, Schubert a los treinta y uno, Alejandro Magno a los treinta y dos, Alejandra Pizarnik a los treinta y seis… Pienso también en Márai, que se suicidó a los ochenta y ocho años. Muertes que nos duelen o nos escandalizan. Pero cientos de fallecimientos ocurren cada día. Y, no me miento, la de mi hijo es tan sólo una de esas infinitas muertes.

En un rapto extraño, le digo al maestro de obra que ha llegado a reparar una pared que tiene una humedad, que quiero que pinte el cuarto de Daniel. Bajamos los cuadros, la colección de máscaras. Las envuelvo en plástico, las acomodo delicadamente en su clóset. Ahora el cuarto luce unas paredes

despojadas, brutalmente blancas, y su clóset está ya sin su ropa.

Mi hermano ha venido por unos zapatos que le he prometido.

Y un día descubro, con tristeza infinita, que mi marido ha borrado la voz de Dani del contestador del teléfono. *La gente se impresionaba* , me dice.

En agosto nace Carmen, la hijita de Camila. Todos reunidos alrededor de la cuna, la celebramos, emocionados. Nadie quiere mencionar a Daniel pero todos estamos pensando en él. Es una niña hermosa, de cara redonda, sin ningún maltrato, como las criaturas que nacen por cesárea. Alguien dice que los ojos y la nariz se parecen a los de Camila. Mi mamá dice que así era yo chiquita. La quijada, definitivamente, es igual a la de su papá. Ahí está, en su carita, la memoria de los genes.

De nuevo necesito hablar de un cuento de Nabokov. En él el autor muestra a un padre que en la noche anterior a Navidad, «sobrecogido por un arrebato de intensa tristeza», entra a la habitación que en el verano sirvió de estudio a su hijo muerto. Entre las cosas que repasa en su escritorio encuentra, en una caja de galletas inglesas, «un enorme y exótico capullo de mariposa». El padre, llorando con todo el cuerpo, recoge en una caja de madera todo lo que allí encuentra: una red, una bolsa de tarlatana, un cuaderno azul lleno de apuntes íntimos, la tabla donde clavaba los ejemplares coleccionados, y la caja con el gusano, y los lleva hasta su cuarto.

Y Nabokov escribe:

[…] tuvo una fugaz sensación de que la vida terrena se extendía ante él totalmente desnuda y comprensible —atroz en su tristeza, humillantemente inútil, estéril y vacía de milagros… En ese instante se oyó un chasquido— un sonido fino como el de una tensa banda de caucho que se rompe. Sleptsov abrió los ojos. El capullo en la lata de galletas había reventado en un extremo, y una criatura negra y arrugada, del tamaño de un ratón, se arrastraba por la pared aledaña a la mesa. Se detuvo, aferrándose a la superficie con sus seis patas velludas, y empezó a palpitar de manera extraña. Había emergido de la crisálida porque un hombre abrumado por la pena había llevado una caja de lata a su habitación tibia, y la tibieza había penetrado su tensa envoltura de hojas y de seda.

Unos segundos después, el personaje presencia cómo «en lugar de un ratón oscuro, lo que había era una gran polilla *Attacus* , como esas que vuelan, como pájaros, en torno a las lámparas en el crepúsculo de la India».

El final no puede ser más hermoso:

Y entonces, aquellas gruesas alas negras, con un vidrioso ojo dibujado en cada una y vello púrpura espolvoreado sobre sus puntas encorvadas, tomaron una bocanada de aire bajo el impulso de una felicidad tierna, devoradora, casi humana.

Envío

Dani, Dani querido. Me preguntaste alguna vez si te ayudaría a llegar al final. Nunca lo dije en voz alta, pero lo pensé mil veces: sí, te ayudaría, si de ese modo evitaba tu enorme sufrimiento. Y mira, nada pude hacer. Ahora, pues, he tratado de darle a tu vida, a tu muerte y a mi pena un sentido. Otros levantan monumentos, graban lápidas. Yo he vuelto a parirte, con el mismo dolor, para que vivas un poco más, para que no desaparezcas de la memoria. Y lo he hecho con palabras, porque ellas, que son móviles, que hablan siempre de manera distinta, no petrifican, no hacen las veces de tumba. Son la poca sangre que puedo darte, que puedo darme.

PIEDAD BONNETT, (Amalfi, Antioquia, 1951) Es licenciada en Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes, donde ha ejercido como profesora en filosofía y lenguas. Su poesía, teatro y narrativa están profundamente arraigadas en su experiencia vital y expresan la visión de la mujer de clase media en un país desgarrado por múltiples violencias, desigualdades y conflictos. Ha desarrollado, además, una fructífera labor crítica y de difusión de la poesía. Tiene una maestría en Teoría del Arte, la Arquitectura y el Diseño en la Universidad Nacional de Colombia.

Con el primero de sus libros, De círculo y ceniza, recibió mención de honor en el Concurso Hispanoamericano de Poesía Octavio Paz (Festival de Arte de Cali, Cali, Colombia). Con El hilo de los días ganó el Premio Nacional de Poesía otorgado por el Instituto Colombiano de Cultura, Colcultura, en 1994 y, con Explicaciones no pedidas, el Premio Casa de América de Poesía Americana 2011. En el XIV Encuentro de Poetas del Mundo Latino, que tuvo lugar en Ciudad de México y Aguascalientes entre el 25 y el 31 de octubre de 2012, le fue otorgado el premio de poesía Poetas del Mundo Latino Víctor Sandoval 2012 por su aporte a la lengua castellana. En 2017 recibió el premio Generación del 27 por Los habitados.

Fue merecedora, en 1998, de una de las becas de Investigación del Ministerio de Cultura, con el proyecto «Cinco entrevistas a poetas colombianos», que da origen a su libro Imaginación y oficio, publicado por la Universidad de Antioquia, 2003. Y en 1992, de la Beca Francisco de Paula Santander para un trabajo de dramaturgia.

Cuentos y ensayos suyos han sido publicados en distintas revistas y periódicos del país y del extranjero. Ha representado a Colombia en numerosos encuentros de poesía en Granada (España), Córdoba (España), Morelia (México), Rosario (Argentina) y Medellín (Colombia), entre muchos otros, y en encuentros literarios como el Festival de Literatura de Berlín y el Hay Festival de Segovia. En 2008 fue la poeta homenajeada por la Consejería para la equidad de la Mujer de la Presidencia de la República, durante la Feria del libro de Bogotá.

Poemas suyos han sido traducidos al italiano, al inglés, al francés, al sueco, al griego y al portugués.

Notas

[*] www.danielsegurabonnett.blogspot.com <<